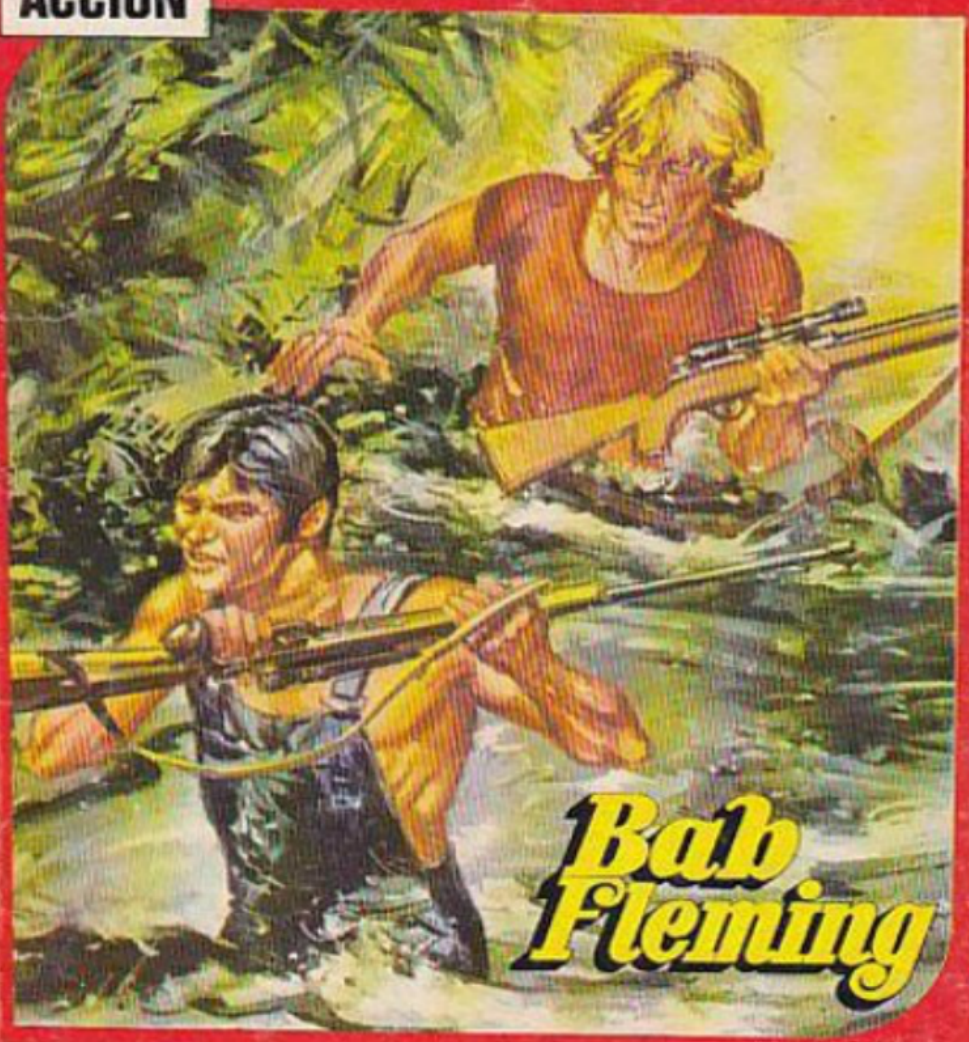
BRUGUERA

BOLSILIBROS

ACCION

# CONTRABANDO DE ARMAS



Bob Fleming

# CONTRABANDO DE ARMAS

Bab Fleming

Colección TAM-TAM n.° 44
Publicación semanal
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5 — Barcelona

tam
tam
**tam**
**tam**
tam
tam

ULTIMAS OBRAS PUBLICADAS EN ESTA COLECCION

38 —Sangre en el Himalaya, *Bab Fleming*
39 —En el país del horror, *Rocco Sano*
40 —Volcán en el mar, *Lucky Marty*
41 —Safari, *Lou Carrigan*
42 —Mundo inhabitado, *Alex Simmons*
43 —La paz peligra en Turquía, *George Sound*

ISBN 84-02-09278-0
Depósito legal: B. 5.020-1983
Impreso en España Printed in Spain
1. a edición: abril, 1983
2. a edición en América: octubre. 1983

© Bab Fleming — 1983 texto
© García — 1983 cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor de
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
Camps y Fabrés, 5. Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de
Editorial Bruguera. S. A.
Parets del Vallés N152. Km 21.6501
Barcelona 1983

# CAPÍTULO PRIMERO

EN la séptima planta de un elegante edificio enfrentado al Rockefeller Center tenía lugar una reunión secreta.

Al menos, según los parámetros de política internacional desarrollados por la Secretaria de Estado, a cuyo frente se hallaba míster Haig.

O cualquier otro míster, con tal que asumiera la dirección de Asuntos Exteriores.

Los complicados ocupaban un vasto salón, austeramente decorado, con una mesa redonda en el centro y cinco cómodas butacas en torno.

Únicamente había tres personas.

Semejaban picatostes —o cuerpos extraños—flotando en un puré de garbanzos por el color amarillento de las moquetas y las paredes del amplio recinto.

En la puerta de dicho aposento podía leerse:

*Jeff Richardson*
*Agente de Bolsa*

Como tal agente, el señor Richardson pagaba sus impuestos profesionales, municipales y federales. Además era ejerciente y muy conocido en el complejo mundo de las inversiones financieras.

Corría 1981.

Después de encender un magnífico habano, Jeff contempló al hombre que tenía delante.

Aparentaba unos treinta años, rubio, de complexión atlética, ojos grises y cara de póquer. Irradiaba seguridad en sí mismo además de una fortaleza sólida y elástica al servicio de centelleantes reflejos. Tan así que el ciudadano menos advertido de *midtown* —que abarcaba la Calle 42, el Central Park y el bullicioso Broadway entre otras zonas—, hubiera declinado la tentación de pelearse con el rubio aunque éste le pisara intencionadamente un callo.

—*Caro amico* Caparelli —dijera el del cigarro, accionando las regordetas manos armadas de gruesos brillantes—, ahora se le presenta una oportunidad inmejorable para progresar en nuestra organización. Es usted un chico afortunado.

—Sepamos cómo —se limitó a comentar el agraciado.

Jeff Richardson movió los mofletes que le daban aspecto de perro pachón.

—Se lo explicaré sin preámbulos —dijo el cachetudo—. En primer lugar, se trasladará usted a Mombasa.

—¿Kenia?

—*Okay*.

El agente de Bolsa dibujó una sonrisa coreada por el tercer personaje que parecía un ratón de leyes de aspecto insignificante.

—Siga —apremió el rubio.

—En Mombasa le recibirá un corresponsal nuestro que lleva ocho meses en el país. Se trata de míster Harry Kidder, un honrado fotógrafo que trabaja para el *Afrika Magazine*, revista especializada en safaris cinegéticos, especialmente en la región de los grandes lagos. Inútil decirle —aclaró—, que el *Afrika Magazine* me pertenece en un ochenta por ciento del capital suscrito.

—Ya.

Jeff dio una lenta chupada al cigarro. El diamante del dedo índice brilló sobre el habano como una fachendosa y absurda vitola millonaria.

—Míster Kidder —prosiguió el agente de Bolsa, perforando al rubio con sus ojillos negros y taimados— sabe hacer más cosas que sacar fotos a las hienas, a los rinocerontes o a los mandriles, ladrones impenitentes de los graneros indígenas. Míster Kidder está infiltrado en la KGB. En cierta forma, claro.

—¿Doble espionaje?

—¡No, no… no es eso! —la papada de Jeff Richardson botaba a causa de la hilaridad de su dueño—. Nosotros no trabajamos para la CIA, *caro* Caparelli. Luego, no puede existir doble espionaje.

El rubio encendió un Winston. Se instaló más cómodamente en el sillón, cabalgando una pierna sobre la otra y examinando al risueño personaje que tenía delante.

Bajo su apariencia inofensiva el agente de Bolsa era un digno sucesor de Rocky Marciano.

Controlaba el juego clandestino en Manhattan y parte del Bronx, además de extender sus tentáculos al Hipódromo. Pero, para conseguir el «reinado», míster Richardson tuvo que enfrentarse con Johnny Reeve que le disputaba el terreno en las apuestas.

El *New York Post* se ocupó ampliamente del asunto, pero sin mencionar para nada ni poner en tela de juicio —¡por Dios que no! —la intachable honorabilidad de míster Richardson, uno de los más activos agentes de la bolsa neoyorquina.

El FBI —de acuerdo con el redactor de sucesos del *Post*—admitió que se trataba de un ajuste de cuentas interno. O en otras palabras, que los hombres de Reeve se habían matado entre sí, incluido el propio Johnny, «padrino» de la organización.

Y se dio carpetazo a la encuesta judicial.

Ugo Caparelli acaba de salir de la cárcel por tráfico de estupefacientes.

Lo pescaron en la Bahía de Hudson —paradójicamente cerca de la estatua de la Libertad—, a bordo del *Scourge-Yacht*, una bonita embarcación de recreo, que visitaba asiduamente la Fosa de los Caimanes, al norte de Jamaica, y concretamente la localidad de Montego Bay.

Caparelli figuraba como dueño del yate.

La brigada antidroga —por una de estas casualidades que de vez en cuando se dan —encontró un alijo de heroína dentro del pasamanos que conducía a los camarotes de popa del *Scourge-Yacht*.

La «nieve» fue confiscada, pero Caparelli —gracias a la impecable coartada que supo presentar ante los componentes del jurado y a las tretas legales de su abogado para trasladar el asunto a un tribunal ordinario—, sólo fue condenado a tres años de cárcel por imprudencia culpable.

La buena conducta del signore Caparelli en la penitenciaría del Estado redujo la pena a veintitrés meses.

El destinatario de la droga, sin embargo —así como el auténtico propietario del *Scourge-Yacht*—, no era otro que el intachable míster Richardson, muy conocido en los medios económicos de Wall Street por sus constantes manejos bursátiles.

La habilidad, la sangre fría e inteligencia mostradas por el signore Caparelli, desde su detención por la policía aduanera, gustaron en gran manera al hombre del cigarro puro.

También el hecho de que no ofreciera ninguna pista a la brigada antidroga para escarbar en la organización que estaba detrás del *Scourge-Yacht*. Ni tampoco sobre los «camellos» y presuntos distribuidores del «polvo» entre los miles de drogadictos que pululaban por la jungla asfáltica de la ciudad de los rascacielos.

Ugo Caparelli había demostrado ser un delincuente de categoría superior, un hombre que —por derecho propio—estaba por encima de la ley.

Un superdotado.

Y el superdotado interrogó:

—Entonces, ¿por qué se mezcla Kidder con miembros del Comité de Seguridad del estado soviético destacados en Africa oriental?

—Los rusos conocen la existencia de minerales estratégicos en territorio ugandés y a lo largo de la frontera kenio-tanzana desde Mombasa a Nyanza, junto al Lago Victoria. Más que para cubrir necesidades de su industria de guerra nuclear —razonó—, quieren que dichos yacimientos radiactivos no puedan ser utilizados por los ciclotrones estadounidenses. El Politburó, y entre ellos el ministro de

Defensa y a la vez jefe del Ejército Rojo —prosiguió míster Richardson —, saben que sus exigencias atómicas están cubiertas abundantemente con los filones de uranio recientemente encontrados en Siberia. El potencial radiactivo con que cuenta la URSS en la actualidad —dijo sarcástico—es altamente prometedor para el resto del género humano… —contempló a Caparelli, que le escuchaba impasible a través de la espiral de humo del Winston, rematando—: Lo que no quiere el secretario general del partido comunista, es que la Casa Blanca amplíe su área de influencia política en los antiguos protectorados británicos.

—Bien —manifestó Caparelli—, pero ¿no estamos hablando de política internacional referida a una zona caliente de Africa? —Y con chanza—: ¿Ha determinado hacer usted la competencia a la CIA?

Mucho se rió Jeff Richardson de la salida del rubio.

—No sería rentable —graznó entre carcajada y carcajada—. No obstante, ocurre que entre el personal diplomático de la embajada soviética está una tal Tania Visnayev, que a su vez es amiga de una señora de Indianápolis, casada con un cabecilla wanyoro, dueño de importantes salinas en Kibero, junto al Lago Alberto.

—¿Una norteamericana casada con un negro?

—*Yes, yes*… —confirmó el agente de Bolsa—, el amor no es racista… Me han asegurado que se trata de una espléndida señora de apenas veinticinco años.

—¿Y la rusa?

—Otra magnífica mujer, de edad parecida a la de Indianápolis.

—¿Casada?

—Soltera.

El rubio Caparelli —hijo de padre siciliano y de madre irlandesa, emigrados a Estados Unidos allá por los años 50—, dibujó una nota burlesca con los labios.

—¿Y que tienen la señora de Indianápolis o su amiga Visnayev… igualmente joven y magnífica, para que atraigan de tal modo la atención de usted?

—La mujer del influyente jefe wanyoro, de nombre Lynne McCloskey, tiene que ser raptada.

—¿Con qué finalidad?

Jeff suspiró.

—El negro ama apasionadamente a Lynne —explicó—, y, por lo tanto, hará cuanto se le «diga» —remarcó esta palabra de modo muy especial—para no perderla. —Y con una sonrisa—: ¿Comprende mi intención, Caparelli?

—Por supuesto. Se trata de anular la actividad política y belicista del wanyoro.

—*Okay, okay*… —asintió Jeff—, pero la señora Tania Visnayev tiene que desaparecer también de la legación diplomática para hacer

compañía a la deliciosa americana.

Caparelli arrugó el entrecejo.

—¿También? ¿Las dos señoras juntas?

—Oh, sí… como las tapas de un libro. *¿Ha capito bene, amico Caparelli?* ¿Ha comprendido?

—No.

Ante la negativa de éste —que, realmente, no comprendía las exactas intenciones de Jeff—, el otro permaneció unos instantes pensativo. Luego, dirigió la mirada al ratón que tenía a su lado y que no había abierto la boca desde que empezó la reunión.

—¿Qué hacemos, George? —interrogó el del puro—. ¿Le explicamos la totalidad del *affaire*?

—Creo que no es el momento —repuso el «insignificante» con voz de falsete—, cuanto menos sepa el signore Caparelli ahora, que está en Nueva York, más aseguraremos el éxito de la operación.

—Puede que tengas razón —convino el agente de Bolsa—, El porqué del secuestro de Tania Visnayev, se lo explicará detalladamente Harry Kidder, cuando se reúnan en Mombasa.

—¿Kidder?

—Es un tipo alegre y razonable —significó el jefe mafioso—. Lo reconocerá enseguida porque además de entregarle una fotografía suya le diré dónde puede encontrarle y la forma casi exacta de cómo irá vestido. El bondadoso Harry es muy tradicional en todas sus cosas, un hombre muy sencillo, que se hace querer de propios y extraños —finalizó Jeff con descarnada sorna.

El pragmático Caparelli comprendió que tenía que ir al granó.

—¿Cuánto he de partir?

—Mañana.

—Hummm… tendré que correr.

—Con tal que esté a las doce en el aeropuerto Kennedy no necesita apresurarse. Le he reservado pasaje en un Boeing 747 de la TWA, destino a El Cairo. Allí enlazará con las líneas aéreas africanas hasta Nairobi y continuará por ferrocarril hasta la costa. Todo perfectamente sincronizado, ¿no?

—*D'accordo.*

El llamado George había extraído un sobre de la voluminosa cartera que tenía sobre la mesa y se lo entregó a Caparelli, manifestando:

—Aquí tiene el pasaporte visado, los *traveller's-check*, los pasajes y demás documentos que puedan hacerle falta.

—*Very well.*

Jeff retomó la palabra:

—Harry Kidder le explicará la forma de comunicarse conmigo y las circunstancias que en su momento pueden aconsejar este contacto. El resto de la operación quedará en sus manos y en las de Kidder… Si todo

sale bien, como espero —recalcó endureciendo la voz—, la organización es siempre generosa… muy generosa con los triunfadores.

El rubio aplastó la colilla del cigarrillo en el cenicero.

El tiempo apremiaba.

Antes de hacer las maletas tenía que pasar por Macy's —los mayores almacenes del mundo—, para adquirir cuanto le haría falta en su largo recorrido por el Africa ecuatorial.

Y, sobre todo, no podía discutir órdenes ni intentar saber más de la cuenta en el peligroso mundo de la mafia.

* * *

Caparelli, conforme rodaba por la Calle 42 con el Bentley cupé de los años 70 —aunque con el motor totalmente reformado—, era seguido por otra berlina ocupada por dos individuos de aspecto poco tranquilizador.

Uno de ellos, con el labio cortado, dijo:

—A la altura del cine The Sail-Yard le saldrá al paso Juana *La Gancho*.

—¿Te refieres a John Wood?

—¡Digo!

En efecto, el cine en cuestión raseaba un semáforo que además estaba en rojo.

—¡Mejor que mejor! —exclamó el del labio cortado.

Una joven escultural, impecablemente vestida con el uniforme de la guardia metropolitana, se acercó al Bentley de Caparelli.

Algo de interés hablaría con el propietario del mismo, porque éste abrió la portezuela del cupé y la rubia autoridad fue a ocupar el asiento libre al lado del conductor.

Los que seguían solapadamente al Bentley, sonrieron.

—¡Ya está en el bote! —afirmó el que llevaba la voz cantante.

El otro se rió soezmente.

—Ahora mismo debe encandilarse con sus deslumbrantes piernas —exclamó elevando el volumen de la risa—. Este John Wood es un «tío bueno» y un travesti de cuidado.

—Siempre caza así a sus víctimas masculinas —habló el compinche —. Se hace pasar por una guardia-bombón del área metropolitana.

Siguieron rodando hasta la altura de un almacén de puertas metalizadas que se levantaron automáticamente.

Apenas traspuesto el umbral, la mano de Caparelli se despegó del volante bajando como una centella hasta la muñeca de la «chica», que retorció sin ninguna piedad y con la técnica del perfecto judoca, obligándole a soltar el arma que empuñaba y a proferir un grito de dolor.

—¡Quieto, pimpollo… carilindo! —graznó aceradamente Caparelli—. ¡Mejor será que me obedezcas o te voy a poner la cara como un cubo de basura!

Justo entonces entraba la berlina perseguidora, que se situó a unos seis metros del Bentley.

Caparelli esperó a que se apearan los dos tipos —cosa que hicieron confiadamente dada la inmovilidad del conductor del Bentley que supusieron fruto de la pistola de Wood—para abrir fuego sobre ellos.

Sin mediar palabra, despiadadamente.

Cogidos de improviso, ambos personajes saltaron por el aire punteando la trágica danza de la muerte.

Finalmente, se estrellaron como guiñapos humanos contra el suelo de cemento, con los ojos desorbitados por el infinito estupor del tránsito.

John Wood, *La Gancho*, continuaba friccionándose la descoyuntada muñeca, verdaderamente aterrorizado.

Caparelli se apeó del Bentley para comprobar que los baleados estaban fuera de combate y de paso echar una ojeada al local.

Se trataba de un parking particular con doble salida. La segunda daba paso a unas galerías subterráneas del rascacielos.

Relativamente tranquilizado, Caparelli se enfrentó a Wood. Tuvo que reconocer que poseía todas las cualidades de una «mujer» realmente atractiva. Con facilidad hubiera ganado el título de belleza en una competición con las policías femeninas del Estado de Nueva York.

—¿Quién te maneja a ti, «monada»? —interrogó entonces con borrascoso sarcasmo.

John Wood no deseaba hacer compañía a sus amigos. Se había dado cuenta de que el siciliano-irlandés tiraba a matar.

Se sinceró:

—Noel Bufman.

—¿Bufman? ¿Bufman? Oye, ¿acaso te refieres a la agencia de detectives Vanguard?

Tenía fama de ser una de las agencias privadas de información de más dudosa moralidad del Estado.

—Sí —confesó La Gancho.

—¿Qué proyectos teníais conmigo? ¿Pasaportarme?

—Retenerte en estos bajos.

—¿Para qué?

—Lo ignoro.

—¿Estás «segura»?

—Sí.

—¿Hasta cuándo?

—No lo sé.

Caparelli encendió un cigarrillo.

Dejó vagar el humo ante sus ojos.

—¿A quién pertenecen los bajos?

—A Iván Rudenko.

—¿Ruso?

John Wood tenía la frente llena de sudor frío.

No se atrevía a engañar a Caparelli después del trabajo que había hecho a los de la berlina, cuyos cuerpos sin vida seguían desangrándose en el suelo.

Pero también sabía que no estaban solos en el garaje pese a todas las apariencias superficiales.

En estas circunstancias, le daba igual recibir un balazo de Caparelli como de los sicarios de la KGB.

Se estrujaba las meninges para intentar salvar el pellejo que para él era lo más importante.

Pero Caparelli empezó a incomodarse. No le gustaban las vacilaciones y silencios del travesti.

—¿Contestas o no, hijo de zorra?

—Sí —farfulló ronco—, se trata de un ruso.

—¿Y para confirmármelo necesitas una hora? ¿Esperas que te arranque las palabras con sacacorchos? ¡Maldita sea tu puñetera alma!

Avanzó hacia Wood con los puños cerrados.

—¡No, no! ¡Hablaré! —gritó éste, retrocediendo.

Se había puesto blanco como un papel.

El siciliano-irlandés se contuvo.

—¿A qué se dedica este Iván Rudenko?

—Pertenece a la embajada rusa en Washington.

—¿Qué destino tiene allí?

—Agregado comercial.

—¡Acabáramos!

Caparelli comprendió que se trataba de un espía.

Pero el intento de secuestro de que había sido víctima, significaba que la KGB había detectado la intromisión de los hombres de Jeff Richardson en el contrabando de armas destinadas a derrocar el gobierno de Kampala. La KGB «sabía» que se montaba una gigantesca especulación mafioso-política al margen de las grandes potencias.

Pero también podía equivocarse porque no era la primera vez que determinadas organizaciones comerciales o paraestatales se ponían al servicio de la oficina de inteligencia de su país como las compañías aéreas rusas o la Sovfracht[1] con los puertos de la Europa comunitaria, o más discretamente algunas multinacionales americanas que eran auténticos nidos de espionaje.

Las tramas de la Inteligencia alcanzaban todos los niveles. ¿Por qué no también las organizaciones mafiosas si eran bien pagadas? ¿Cómo podían los rusos de que los hombres de Jeff no trabajaban para la CIA?

Andaba en estas reflexiones, cuando…

Las puertas del garaje empezaron a bajar suave, pero rápidamente.

Caparelli se dio cuenta de que pensaban cazarle como un ratón. También adivinó que aquello no era obra de «La Gancho», que seguía «acobardada» y balbuciente a su lado, y que, por lo tanto, no le ayudaría a salir de allí aunque amenazara con cortarle la cabeza si las puertas continuaban bajando, cosa que ocurría apresuradamente e inexorablemente…

Iba a refugiarse tras el *Bentley* con la pistola empuñada, cuando oyó la exclamación del propio Wood:

—¡Sígueme!

Tras un momento de perplejidad, Caparelli comprendió.

El travesti tenía miedo porque había fracasado. Dentro del garaje de Iván Rudenko quedaban los cuerpos de Tom Winwood y Mike Parsons bañados en un charco de sangre gelatinosa y negruzca.

No podía gustar a los servicios de inteligencia soviéticos destacados en la ciudad de Nueva York.

John Wood temía que le ajustaran las cuentas.

Se había dirigido al montacargas intentando levantar una pesadísima trampilla del suelo. Caparelli acudió en su ayuda.

Dio paso a un negro agujero.

Se podía bajar por una escalera de hierro ajustada a la pared y que comunicaba con el alcantarillado del inmenso rascacielos en busca de la red general.

En menos de un minuto tocaron fondo.

Las emanaciones eran altamente fétidas. Caparelli tuvo que llevarse un pañuelo a la nariz, mientras con la otra mano sostenía la pistola de 9 mm para rechazar cualquier ataque en aquel cochambroso dédalo de pasillos, sumidos en profunda lobreguez.

Incluso, más adelante, tuvo que arrojar el pañuelo para agarrarse al faldón de La Gancho a la que advirtió:

—Si me traicionas, «hermosa colombiana»… ¡te voy a enfriar aquí para que sirvas de banquete a las ratas!

No hacía falta mencionar los repugnantes roedores para notarlos cerca con sus chillidos y cabriolas. También el ruido de las aguas residuales que discurrían por la zanja central.

Las tinieblas resultaban así espantosamente sucias.

Al doblar un recodo, conforme iban tanteando la pared, el halo luminoso de una linterna les sorprendió a las espaldas.

Caparelli no perdió tiempo tratando de averiguar si se trataba de algún pocero entre los que andaban en obras subterráneas a lo largo de la manzana.

Girando velozmente sobre sí mismo, apretó por dos veces el gatillo de la Star. Brotaron sendas lenguas anaranjadas de su mano derecha mientras que un aullido humano rebotaba en las mohosas paredes de los

colectores con un no sé qué de siniestro y de sobrecogedor, acompañado por las asustadas gargantas de los múridos.

—¡Un enemigo menos! —roncó ferozmente Caparelli—, ¡Así se lo lleve el diablo!

Como a cincuenta metros de allí encontraron la salida al exterior que buscaba John

Wood, conocedor del plano de la alcantarilla para casos de emergencia.

Cerca del emparrillado había un barracón donde almorzaban alegremente un grupo de obreros municipales.

Se plantaron en la calle sin provocar la curiosidad de nadie.

Caparelli se enfrentó entonces con La Gancho. Tuvo que admitir que había sido su salvador, aunque indirectamente puesto que sólo pensó en poner pies en polvorosa.

No obstante…

Wood leyó el pensamiento del otro a su manera.

—Sé lo que vas a decirme —arguyó—. Podías haberme baleado en aquel pudridero.

—No tal —replicó Caparelli con sorna—, porque ignoraba donde estaba la salida.

John Wood pareció no oírle.

—De lo que estoy seguro —dijo—es que mi vida peligra aquí.

—¿En Nueva York?

—Los aires, ¿sabes? Se han puesto fatales…

—¿Adónde piensas volar?

—A Río de Janeiro.

—¿Crees que tus buenos amigos de la KGB… o su corresponsalía en la Vanguard no te olerán por los alrededores de Copacabana?

—Bueno… —se rió el travesti—, con pasaporte falso a nombre de una respetabilísima viuda de Chicago, será más difícil. Tampoco me faltarán protectores porque no estoy nada mal… —movió los párpados de forma intencionada y caricaturesca, interrogando—: ¿O sí?

Caparelli gruñó mosqueado:

—¡Mira que no te violen!

—*Che orrore*! —se mofó el travestí.

Pero, en el fondo, Caparelli no quería complicarse la vida con un tipo que sólo lo empleaban de cebo en la Vanguard, permaneciendo por lo demás al margen de las decisiones de sus capitostes. Tampoco juzgaba conveniente seguir hablando con una falsa policía metropolitana en plena Calle 42.

Pensó, luego, en el Bentley que había quedado en el parking y que ya no iba a recuperar.

Tampoco le preocupaba. Jeff le compraría otro. El agente de Bolsa era magnánimo con los hombres que sabían defenderse y salir a flote de

cualquier emboscada.

Admiraba el valor personal.

En cuanto a las pistas que dejaba a sus espaldas dentro del garaje privado de Iván Rudenko, poco podían perjudicarle. Tanto su identidad como su colaboración con Jeff Richardson eran perfectamente conocidas por los que quisieron aprehenderle.

El Bentley iría a parar a un cementerio de chatarra, mientras que los individuos de la berlina, desangrados sobre el cemento, desaparecerían de la superficie de Nueva York sin dejar rastro.

Tampoco se preocuparía nadie de preguntar por ellos para decirles misas o llevarles sendos ramos de violetas a las tumbas.

* * *

Antes de emprender viaje, Caparelli consideró necesario poner en conocimiento de Jeff el intento de secuestro de que había sido víctima.

El agente de Bolsa le escuchó atentamente con gestos aprobatorios.

—Conozco a John Wood —dijo—. Es un tipo que se compra y se vende con demasiada facilidad.

—¿Y…?

—Procuraremos que viva poco tiempo en Río de Janeiro… ¡Zas!

—¿Liquidado?

—*Benissimo*! —corroboró el dueño de la oficina que miraba al Rockefeller Center—. No me gustan los bocazas.

Caparelli se encogió de hombros.

Sea como fuere, todo seguiría el curso previsto. Destino: UGANDA.

# Capítulo II

COMO todas las ciudades-conglomerado, Mombasa presentaba tres aspectos urbanos diferentes: el casco antiquísimo de los fuertes y murallas, junto con el viejo y el moderno. Este último muy parecido al de cualquier ciudad europea o americana.

El puerto de Mombasa forma el espacio comprendido entre un promontorio al nordeste llamado English Point —en honor de los ocupantes británicos antes de la Independencia—y la isla contigua que lleva el mismo nombre de la ciudad y a la que puede llegarse fácilmente durante la marea baja. Los pescadores de conchas la vadean entonces en busca de mariscos.

Abundan las rocas coralinas que antaño sirvieron de material de construcción e incluso para obtener cal quemando los poliperos sobre montones de troncos de varios pies de altura a los que prendían fuego.

Las vetustas fortalezas asomaban al borde del agua con sus oscuras historias de esclavitud y tiranía cuando la circunnavegación de Africa se efectuaba por el Cabo de Buena Esperanza, ya que aún no se había abierto el Canal de Suez.

¡Si aquellos viejos muros pudieran hablar, cuántas escenas de horror y de sangre no vocearían a los furiosos monzones, culpables del insalubre clima de Ecuatoria!

Ugo Caparelli buscaba a su compatriota Kidder, precisamente, por las tabernas del puerto, en concreto por la que llamaban Kula Mamba, o «Comer Cocodrilos», según la traducción que había realizado el propio Caparelli con mayor o menor fortuna.

Hay que decir que el propietario del figón era un wanudi, o sea, un sudanés, y los hijos del Alto Nilo no le hacían asco a la carne del enorme y peligroso saurio, justificando así el Kula Mamba con que se anunciaba el establecimiento del tabernero buscado por el siciliano-irlandés.

En aquel clima, especialmente húmedo, se rozaban los 27 °C promediando febrero. Las estrechas y tortuosas calles apestaban. La falta de una higiene rigurosa alrededor de los malecones —donde incluso los marineros blancos hacían el amor con las indígenas más o menos profesionalizadas—, llenaban la atmósfera de fetideces intolerables.

Caparelli se dirigió a una llamativa negra, que arrojaba baldes de agua jabonosa y sucia a la calzada.

—Ángel mío —roncó—, ¿conoces el abrevadero de Kula Mamba?

La negra —una mujer joven de opulentos pechos y macizas caderas— se animó ante la expresión varonil y galante del rubio. Tampoco era la primera vez que pelaba la pava con un euroamericano.

—*Yes, Effendi* —dijo, agrandando las córneas como dos lunas sobre un fondo de chocolate—. Estar al final de esta calle.

—¿No me digas?

—*Yes, yes…*

Caparelli buscó en su bolsillo. Separó un dólar con cierta teatralidad, exclamando:

—Toma, copito de nieve —le puso el papelito en la palma de la mano, agregando—: Para que te compres un pañuelo de vivos colores.

El agradecimiento femenino no tuvo límites.

Caparelli avanzó por la calle sudando como un pato en una terna de agua dulce.

Además de pegajosa, la humedad amenazaba lluvia. Enormes nubes plomizas avanzaban por la Cuenca de Somalia, ligeramente escorada al sur, de forma que pronto invadirían la costa hacia tierra adentro, en dirección al desierto de Taru y las blancas cumbres del Kilimanjaro.

Los súbitos y terribles aguaceros de la estación, que tanto temieron las caravanas en los primeros tiempos de la presencia inglesa, iban a descargar sobre las narices de Caparelli.

«¡Condenado clima! —graznó el expedicionario—, ¡Otra vez que me manden a la Polinesia entre noches estrelladas y bellezas hawaianas!»

Cuando llegaba al Kula Mamba caían los primeros goterones.

La taberna-figón era espaciosa y rústica con un mostrador forrado de cinc al fondo del establecimiento.

En una mesa lateral, un hombre blanco y dos negros —vestidos estos últimos con llamativas y excelentes telas, al igual que los ricos *swahilis*[2] —hablaban animadamente frente a una botella de buen ron de Jamaica.

El blanco —que no era otro que Harry Kidder a juzgar por la foto que obraba en el bolsillo de Caparelli—frisaría los cuarenta años. Ancho de hombros y recio de fibra, con el rostro anguloso y los ojos de un azul muy expresivo, encendía un cigarrillo en aquellos momentos. Su pelambrera bermeja flameaba como una grandiosa mazorca de maíz. Vestía camisa a cuadros beige y calzón corto de safarista. Tenía el rostro brillante y húmedo a consecuencia de la calina atmosférica y los ardores del aguardiente de Kingston, cuya botella andaba por debajo de la mitad. Además era la segunda.

Caparelli avanzó para hacerse visible ante Kidder, aunque dejando el oportunismo del encuentro a iniciativa del pelirrojo.

Pero Harry no tardó en recuadrarle.

—¡Maldita sea mi alma! —bramó en el acto, poniéndose en pie y encarándose con el recién llegado—. ¡O estoy borracho como una sopa o tengo ante mí al condenado Caparelli que así arrastren los diablos por

todas las calderas del infierno!

El aludido, para seguirle el juego, giró rápidamente sobre sí, dibujando un gesto de auténtica sorpresa.

—¡Lo mismo digo yo! —replicó, avanzando hacia la mesa del hablador con los brazos abiertos—. ¿No eres el apestoso Harry Kidder de cuya carroña huyen las mismísimas hienas?

—¡Afírmalo, granuja!

Los dos mafiosos, que manejaba el agente de Bolsa Richardson desde la oficina frontera al Rockefeller Center, se fundieron en un apretado abrazo.

Kidder aprovechó la circunstancia para deslizar al oído del compinche:

—Recuerda que eres comerciante en objetos de arte africanos. Arte popular… artesanía. —*All rigth*!

Cuando cesaron de demostrar la alegría provocada por el inesperado encuentro, el pelirrojo hizo las presentaciones:

—Este es el señor N'Gongo.

—*How are you, míster N'Gongo*?

—*Very well. Thanks you.*

La misma historia se repitió con el otro.

—Este es Iman Mwanga. Gran cacique de los wanyoro a lo largo de Nilo Alberto hasta Nimule.

A una seña de Kidder, el tabernero se acercó a la mesa con otro *glass-whisky* y la tercera botella de Morgan, excelente ron jamaicano.

Fuera del local, la lluvia caía como una auténtica tromba de agua, que empujaban los vendavales levantados al norte de las Comores.

Mientras tanto…

* * *

Dos hombres espiaban el interior del Kula Mamba desde una ventana frontera alquilada a la negra Malinké, que tenía fama de alcahueta entre el mocerío del puerto.

Uno de ellos, tocado con una especie de salacot, interrogó:

—¿Estás seguro de que son los tipos que buscamos?

—Y tanto, Tupolev.

—¿Agentes de la CIA?

—Humm… Eso tendremos que averiguarlo.

—¿Todavía no está averiguado, Rudenko?

—El rubio que acaba de entrar en el establecimiento —gruñó este último—se me escabulló en Nueva York al tenderle una emboscada.

—¿Tan escurridizo es?

—Digamos, pero aquí le será difícil escapar.

Tupolev, recién agregado a la embajada rusa de Nairobi, desconocía

como es costumbre en el servicio de inteligencia—el plan general de sus superiores.

Rudenko graznó de nuevo:

—De no habérseme fugado de un garaje de la Calle 42… ¡maldita sea su alma!, ahora sabríamos a qué atenernos.

Tupolev dejó que el otro diese rienda suelta al rencor que le embargaba.

Luego, con voz neutra, preguntó:

—¿Qué están negociando con los negros? ¡Cualquiera diría que se hallan conspirando! —Conspiran, Tupolev, conspiran…

—¿Qué cosa?

—La insurgencia.

—¿Un golpe de estado en Kenia?

—No. En Uganda.

El rostro de Tupolev se ensombreció. Había estudiado todos los métodos antigolpistas en la academia de especialidades de Kiev.

—Explícate, Rudenko.

—Las entrevistas que sostienen estos dos negros importantes… el cacique N'Gongo de Favira y el cacique Mwanga de Bukaba, sólo pueden tener un significado.

—¿Cuál?

—El tránsito de armas por territorio keniano.

—¿De qué forma?

—Por los viejos espacios de los wakibuyos, wanderobos, wanandis, y, sobre todo, masai.

—¿También masai?

—N'Gongo se reunió con las principales familias indígenas en la Montaña Sagrada. Todo me hace pensar que los masai colaborarán en el proyecto de los levantiscos ugandeses. N'Gongo goza de gran predicamento en toda el Africa oriental desde el lago Rodolfo hasta el lago Malawi al norte del Zambeze.

Tupolev permaneció pensativo unos momentos. A continuación preguntó:

—¿Piensas secuestrar a los blancos aquí, en la ciudad?

—No. Sería peligroso —repuso Rudenko—, Esperaremos a que se adentren por el río Athi y la Reserva Nacional de Ambroseli, donde hay enlaces destacados con equipos de radio para mandar mensajes en clave a la embajada rusa de Nairobi. La camarada Visnayev confía obtener buenos resultados por este procedimiento.

—Ojalá no se equivoque.

Rudenko, que no perdía de vista el local, dio un codazo a su compañero.

—Mira… Ahora se despiden de los negros.

En efecto, Kidder y Caparelli se disponían a abandonar el Kula

Mamba.

—No los perdamos de vista, Tupolev.

* * *

Kidder residía en una de las avenidas más modernas y europeizadas de la ciudad.

Ocupaba un doble apartamento con terraza y tenía también los bajos alquilados, ya que había instalado en ellos el laboratorio fotográfico.

La noche se presentaba oscura y tempestuosa.

Caparelli y Kidder se encontraban ahora cara a cara y sin testigos. Su actitud distaba de ser la misma de aquella que adoptaron en el establecimiento del sudanés en compañía de los caciques ugandeses.

Caparelli, que no traía las ideas muy claras de Nueva York, tiró del hilo.

—Ignoro, exactamente, cuál es mi cometido africano —significó para empezar.

Kidder encendió un cigarrillo. La reserva y la prudencia eran puntos esenciales dentro de la organización mafiosa. Taladró con la mirada al siciliano-irlandés.

—¿Qué no sabe concretamente, Caparelli?

El aludido sonrió.

—Podría decirte lo que sé y terminaríamos más pronto —arguyó con ironía.

—Dilo.

—Se trata de secuestrar a dos mujeres, ¿no?

—Exacto.

—Una de ellas es norteamericana, de Indianápolis. Se llama Lynne McCloskey y está casada con un jefe wanyaro.

—Sí, por cierto.

—La otra es rusa… la señora Tania Visnayev.

—Bien.

Ante la neutra y monosilábica expresión de Kidder, Caparelli enarcó una ceja y puso en guardia todos sus recursos intelectivos. Sin embargo, Kidder apremió:

—Continúa.

—Tania Visnayev es una agente de la KGB, que también debemos raptar —prosiguió Caparelli—, aunque ignoro por qué… dónde y cuándo.

—El porqué es fácil —repuso el otro con calma—. Se trata de arrancarle una confesión completa de sus actividades así como de las actividades de los caciques negros que están dentro de la trama golpista patrocinada por los…

—¿Diplomáticos rusos?

—Si quieres llamarlos así… —Kidder dio una parsimoniosa calada al cigarrillo, agregando—: La embajada de la URSS, a través del servicio de espionaje que encabeza la señora Visnayev, ha promovido las condiciones sicológicas necesarias para que algunos cabecillas traten de atacar al Estado… digamos que les ha comido el coco, políticamente hablando —desvió la mirada a la ventana, que parecía suspendida sobre la alfombra azul del Indico, continuando—: La corrupción existe aquí en gran escala, como en la mayoría de los jóvenes países africanos que han alcanzado la independencia, y son muchos los caciques tribales que desearían encontrarse en la cúpula del poder, cargados de uniformes y de medallas… ¡Bah! —escupió con desprecio—, ¡Es el viejo sueño de los esclavos!

—¿Qué les falta para conseguir este poder?

—Armas.

—¿Armas? —se asombró Caparelli—. ¿Acaso no se las facilitan los propios agitadores?

—Por supuesto.

El siciliano-irlandés comprendió que no entendía bien el mensaje de Kidder y…

—Sigue —dijo.

Pero el fotógrafo tenía su forma de decir las cosas.

Dio otra chupada al cigarrillo.

—Jeff quiere que conozcamos el nombre de los cabecillas que piensan sublevarse —manifestó—, para que los anulemos sin pérdida de tiempo y sin la menor misericordia.

—¿Nosotros? —preguntó suspenso.

—*Okay*!

—¡Por el colmillo de una pitón! —roncó Caparelli—. ¿Qué diablos puede importarle a Jeff Richardson que se enciendan guerrillas y matanzas en esta región del mundo? ¿Por qué quiere atajarlas? —Y con sorna—: ¿Espera ser condecorado por el presidente de los Estados Unidos por su brillante servicio en favor de la nación americana? ¡A fe, que no lo comprendo!

Pese a que ya había discutido este extremo con el propio Richardson, no pudo evitar repetirse para que Kidder le diese la solución.

Solución que no se hizo esperar.

—Jeff tiene su propio candidato político —aclaró el falso fotógrafo —, y además juega fuerte dentro del mercado internacional del contrabando de armas. Jeff piensa colocar muchos millones en material de guerra a lo largo de la costa ecuato-oriental desde Ras

Jumbo a Cabo Delgado en las fronteras marítimas de Kenia y de Tanzania.

—¡Acabáramos! —silbó Caparelli—. ¡Esto sí que es un gran negocio!

Realmente, se había entusiasmado.

—Pero para llevarlo a cabo ordenadamente —recalcó Kidder— conviene desarticular la trama que ha montado la KGB en beneficio del Kremlin y desembarazarnos de los cabecillas de la revolución prosoviética en Uganda.

—¿Para que no haya lucha entre facciones al margen del gobierno de Kampala?

—Lucha habrá siempre —rechazó Kidder—, pero el candidato de Jeff, es decir, el hermano de Iman Pasha Muanga, sólo se rebelará contra el poder establecido si sabe que sus espaldas están limpias de enemigos —el fotógrafo suspiró profundamente como si le costase trabajo descender hasta la mentalidad africana. Agregó—: El mosaico tribal de estos antiguos protectorados ingleses son una madeja permanente de conspiraciones y sobresaltos y ningún cacique se siente tranquilo si intenta asestar un golpe violento contra la fracción que impera. Le va la cabeza en el empeño.

—¿Dices que el insurgente propuesto por Jeff es hermano de Iman Mwanga, el más largo de los dos individuos que me presentaste en el establecimiento del sudanés? —interrogó Caparelli, recordando al negro de gestos orgullosos con el que había bebido ron en Kula Mamba.

—Exactamente —confirmó Kidder—. Además Pasha Muanga es rival político de Nur Melindwa, marido de la deliciosa Lynne. Ambos capitanean las tribus más poderosas de lago Alberto: los descendientes de los wanyara y de los lur, establecidos al este y oeste del lago, respectivamente.

La confusión mental con la que partió Caparelli del aeropuerto Kennedy hacia escasamente setenta horas se iba aclarando.

—¿Acaso Nur Melindwa, el marido de la norteamericana, es prosoviético? —interrogó.

—Bueno… no es filocomunista, pues está cargado de dinero —repuso Kidder—, pero ansia el poder, la dominación, el liderazgo… Y para eso cuenta con el apoyo de los servicios especiales rusos, ya que Tania Visnayev es íntima amiga de Lynne.

Caparelli atascó la pipa.

—¿Por qué Iman se encuentra en Kenia y no al lado de su hermano rebelde? —preguntó.

—¿No lo adivinas?

—Prefiero asegurarme.

—Iman Pasha organiza la ruta que han de seguir las caravanas de armamento para progresar sin dificultades y situarse entre el lago Salisbury y Rift Valley, concretamente cerca del monte Elgon, en unas minas abandonadas, protegidas por mercenarios negros.

—¿Lo conseguirán?

—Sin duda.

Caparelli se permitió dudarlo.

—¿Y sin que se enteren las autoridades de Nairobi?

—Por supuesto.

—Hummm…

—Africa es un continente distinto de Europa y América —replicó Kidder, consciente del recelo del otro—. Basta que nos apartemos unas cuantas millas de las carreteras y líneas férreas para encontrarnos, enseguida, camino de las selvas, de las sabanas, pantanos y desiertos… La amistad con los caciques es entonces lo único que cuenta si se quiere avanzar hacia el norte del Lago Victoria transportando lo que sea… Esta labor es la que están realizando Iman Mwanga y Luba

N'Gongo entre las principales tribus fronterizas adictas a su causa.

—Aún así —obstinóse Caparelli—, ¿te olvidas de los satélites espías norteamericanos? Algunos de ellos orbitan entre Mogadiscio y Dar es Salaam y son muy capaces de fotografiar las caravanas de armas y municionamiento en dirección a los macizos montañosos al oeste de Rift Valley.

Kidder se encogió de hombros.

—Tal vez —dijo.

—Y ¿no te preocupa?

—Mira, Caparelli —razonó Kidder—, no importa que se descubran las cosas sino que carezca de tiempo para poder intervenir, ya sean los Estados Unidos o la Unión Soviética, ¿me explico? Jeff piensa actuar por sorpresa.

—¿Por sorpresa?

—Relativa, si quieres —concedió Kidder—, pero con un margen suficiente para conseguir lo que se propone.

Caparelli era consciente del enorme peligro que encerraba esta ambiciosa operación, que pretendía actuar al margen de los servicios de propaganda y «agitación» que rusos y americanos habían destacado en aquella zona caliente del Africa ecuatorial. ¡Maldita sea! ¡Ni que Jeff Richardson quisiera convertir su oficina de Nueva York en un estado independiente dentro de la ONU o fuera de ella!

Sin embargo, se guardó de expresar opinión alguna que chocara con el proyecto vertido por Kidder.

Descendió a los detalles.

—¿De qué forma piensas quitar de circulación a Tania Visnayev?

—La camarada espía se traslada los fines de semana a una finca de Machakos, a setenta millas de la capital…

—¿Sola?

—Con dos gorilas, pero vulnerables a cualquier emboscada. Tampoco sorprenderá demasiado que la bella Tania desaparezca en la selva —agregó con intencionada sonrisa —cuando no.es la primera vez que esto ocurre tratándose de mujeres, incluso ha sucedido con religiosas europeas y americanas.

Esto era cierto, pero…

—Rastrearán la zona apenas se dé la voz de alarma.

—Oh, sí. Las autoridades negras se movilizarán inmediatamente, pero con poco fruto por más presionadas que estén por la embajada soviética.

—¿Tan inoperantes son?

—Bueno… es un problema racial, de idiosincracia… Pero, actúen como quieran —zanjó Kidder—, la señora Visnayev ya no se encontrará en Machakos sino en una *kibanda*[3] al sur del Lago Kioga Una vez terminemos con ella, por haber confesado lo que necesitamos saber, desaparecerá para siempre entre los fangos lacustres de aquella endemoniada depresión.

Caparelli no tuvo nada que objetar a esto. También él se dedicaba a matar apenas le acorralaban, como demostró patentemente en el parking de la Calle 42 y debajo del alcantarillado. Con todo, le quedaba otra pregunta por hacer.

—¿Qué finalidad se persigue con obligar a Lynne McCloskey y a Tania Visnayev a que pasen el cautiverio juntas en Kioga? ¿Habéis decidido eliminar también a la chica de Indianápolis?

—Jeff considera que la americana hará entrar en razón a la rusa ya que se quieren como dos hermanas. Luego ya se verá.

—Humm… —gruñó Caparelli con sucio sarcasmo—, ¿dónde se conocieron estas beldades para amarse de tal modo?

—En la embajada rusa. Conmemorando un aniversario de la revolución bolchevique.

—¿Tan tierno fue el flechazo?

Kidder aplastó la colilla en el cenicero. A continuación gruñó:

—Para mí que hay razones ocultas para entender esta amistad… —titubeó—, pero no sabría decir cuáles.

—A lo mejor podría ayudarte —roncó con descaro.

—¿Tú?

La sorna de Caparelli escamó al otro. En el fondo, imaginó lo que iba a decirle. —¿Homosexualidad?

—¡No, no! —rechazó con energía—. Son dos mujeres perfectamente normales.

—¿Cómo puedes estar tan seguro? —insistió Caparelli sin dar el brazo a torcer—. ¿Acaso las espiaste dentro de la habitación? ¿Tienes la llave de su intimidad?

—Mira —dijo Kidder—, recabé toda la información posible sobre sus vidas.

—¿Y…?

—No encontré el menor indicio de inclinación lésbica en el historial de ninguna de las dos mujeres.

—¿Y por qué no me lo explicas con detalle?

Kidder encendió otro cigarrillo y se encaró con su compinche de forma totalmente desapasionada. Dijo:

—Lynne tiene ahora veinticuatro años y Tania veintiséis. Son dos jóvenes mujeres…

—¡Y tanto!

—Los servicios de información de Jeff han funcionado a las mil maravillas echando una ojeada retrospectiva a las interesadas desde que entraron a cursar estudios superiores… —explicó el fotógrafo—. El resultado fue concluyente al no descubrirse ningún romance con chicas dentro o fuera de las aulas. En cambio, sí que tuvieron flirts con hombres ligados o no a la universidad.

Ante la seguridad que imprimía Kidder a sus palabras, Caparelli abandonó el tema.

A pesar de ello, seguía considerando que se trataba de dos mujeres extrañas.

Tania Visnayev una fanática, que consagraba su juventud, su inteligencia y su belleza al servicio de una peligrosa organización.

Pero ¿qué decir de la otra?

—¿Por qué se casó Lynne con un apestoso negro de Lago Alberto?

—Nur Melindwa no es un tipo repelente como imaginas.

—Me da igual.

—Es un Apolo negro y además rico.

—¡Pardiez! —graznó sarcástico—. ¡Sólo faltaba que fuera pobre y encima jorobado!

—¿Entonces? —se burló Kidder—. ¿Por qué te extraña?

—Porque no creo en los milagros.

—Ni yo.

—¡Ira de Dios! ¿Acaso no es un milagro que una joven educada en una capital americana vaya a enterrarse en una malsana aldea del ombligo africano, sin amistades válidas, confort o distracción de ninguna clase?

Kidder seguía burlándose.

—El amor lo puede todo.

—¡Mierda!

—Está bien —convino su antagonista—, reconozco que es extraño que la chica viva para el amor silvestre y que practique footing corriendo casi desnuda por las sulfurosas orillas del lago… —el fotógrafo torció la boca con asco, añadiendo—: Allí los tábanos, los mosquitos, las hormigas y las ratas forman ejércitos incalculables. También están las hienas, los cocodrilos de los fangales, los grandes félidos atraídos por los gritos de los insufribles monos y toda clase de bestias feroces… ¡Un auténtico Paraíso Terrenal!

—¿Terrenal o… infernal?

—Quizá, quizá… —se rió fuertemente Kidder.

—Para mí que en la contradicción que supone este matrimonio —habló Caparelli llevado por un oscuro presentimiento—está la clave del comportamiento de Tania Visnayev. —No te comprendo…

—Ni falta que hace. El tiempo dirá.

Continuaron hablando sobre estas cosas durante un buen rato, pero sin llegar más lejos de lo que sabían «oficialmente».

Si el pensamiento del siciliano-irlandés cabalgaba por otros caminos se guardó de manifestarlo a partir de entonces.

Oscurecía…

El cielo se había despejado por el Indico, mientras una cascada de tonos violáceos se despeñaba por las ventanas del horizonte…

Kidder se levantó para abrir unas latas de conserva. Conjuntamente con queso y champagne francés y unas tartas de maíz de la tierra, organizarían la cena de la noche.

También puso en marcha el hilo musical con diversas grabaciones de música «country» de Estudio 54.

Pero, a decir verdad, el ron ingerido en Kula Mamba les invitaba a alcanzar un sueño reparador bajo la agradable caricia de los aparatos de climatización instalados en diversos lugares del apartamento.

Por otra parte, como ignoraban con qué problemas se enfrentarían al día siguiente necesitaban despejar la mente y poner a punto los reflejos físicos.

Antes de tumbarse en la cama, Caparelli se asomó a una ventana a tiempo de ver cómo dos sombras furtivas se escurrían por las encaladas paredes de las casas vecinas. Instintivamente, acarició la pistola que llevaba en la sobaquera, murmurando:

—Mejor que no se fíen demasiado… ¡Vive Dios, que los pongo a secar al sol como una piel de vaca!

Y sonriendo aviesamente empezó a desnudarse.

# Capítulo III

TANIA Visnayev no se trasladó a Machakos aquel fin de semana como había sido norma habitual en los últimos meses. Ni tampoco a ninguna ciudad de Kenia, incluido el propio Nairobi.

Ella se había convertido en un enlace volante del ministerio de Asuntos Exteriores, pues tan pronto saltaba de la embajada de Nairobi a Kampala o a Dar es Salaam.

Ahora mismo despachaba con el agregado militar en la capital de Uganda.

Fuese porque le habían concedido unas cortas vacaciones o porque tuviera que cumplir alguna misión oficial, Tania había partido para el Lago Alberto donde —como se sabe—vivía su entrañable amiga Lynne junto con el apuesto Nur Melindwa, marido de la americana.

Aunque había comunicación por ferrocarril y carretera entre la capital de Uganda, a orillas del Lago Victoria, y el Parque Nacional de Murchison, en el Lago Alberto, Tania Visnayev solía emplear helicópteros del ejército para sus desplazamientos interiores.

Casi siempre encontraba una poderosa razón diplomática para que los gobiernos africanos pusieran un aparato militar al servicio de la bellísima Visnayev. Y cuando no existía una razón oficial, la encantadora agente de la KGB encontraba mil razones personales para que los mandamases negros se doblaran gustosamente a sus caprichos.

Tania era una belleza.

Poseía un cuerpo escultural, unos ojos verdes e inmensos y una sonrisa embrujadora. Tenía igualmente el encanto del alma eslava tan sensible a las bellas artes y al intimismo del hogar.

Su voz era suave como el pelo de un zorro gris.

¡Una joya femenina!

Tania había partido, pues, hacia el norte del país en un avión militar, mientras que los dos guardaespaldas de la rusa lo hacían por carretera pilotando un «Zil». El conductor era uno de los más duros agentes de la KGB, un tal Vladimir Nikolaiev, de la ciudad de Dniepropetrovsk, en la República Rusa de Ucrania.

Tania llegó a Butiaba Falls donde ya le esperaban Lynne McCloskey y el apolíneo Nur Melindwa, acompañados por media docena de negros de extraordinaria fortaleza y resistencia.

La escolta personal del cacique.

* * *

Harry Kidder se sentía dominado por una gran contrariedad.

Se hallaba en el interior de una cabaña de troncos en uno de los valles orientales de los Montes Aberdare, en compañía de N'Gongo y de Ugo Caparelli.

Junto a ellos, hasta veinte montañeses de la zona fronteriza de Mitumba comandados por Pancho González, mercenario cubano, vigilaban fuera de la cabaña.

Por lo visto, había gran agitación entre las tribus negras a lo largo del Aswa hasta la altura del Nilo Blanco.

La contrariedad de Kidder obedecía —entre otras cosas—a la inesperada huida de Tania Visnayev de Nairobi, cuando todo estaba preparado para secuestrarla a pocas millas de Machakos.

—¡Maldita hija de perra! —bramó el falso fotógrafo—, ¡Se nos ha escapado!

Caparelli pensó lo peor.

—¿Crees que algún cacique implicado en el contrabando de armas se ha ido de la lengua? ¿Que ha habido filtraciones en beneficio del espionaje ruso?

—Igual puede ser esto que otra cosa —gruñó el pelirrojo—. Para mí que esta mujer se las huele a distancia y por esto ocupa un puesto privilegiado dentro de la KGB.

Pero las noticias empezaron a caer en el campamento que vigilaban los montañeses de Mitumba.

Malas noticias.

Según ellas, muchos jefes comprometidos en la operación «Uganda» habían desaparecido de los poblados indígenas sin dejar rastro.

Esto sólo podía significar una cosa: «se sentían en peligro». Pero ¿por qué?

El último mensajero —un negro de Nakuru, que llevaba un ganso colgado en la espalda —fue más explícito:

—*Woman* —dijo—, partir para Lago Alberto.

—¡Eh!, ¿cómo lo sabes, Podor?

—Comprobar con mis propios ojos. *Woman* —repitió con firmeza—, estar donde yo decir.

Caparelli intervino:

—Dime, Podor —interrogó—, ¿qué sabes de la huida de los caciques establecidos cerca del Aswa?

Antes de responder, el negro se descargó el ganso, que pesaba sus buenos quilos, y flexionó la espalda agarrotada por el largo caminar.

—Fuerzas del Ejército desplegarse por zona —manifestó—, desde Parque Tsavo hasta Coto de Caza Mara… Sin duda, temer algún levantamiento interior.

Caparelli pegó un puñetazo en la mesa.

—¿No te lo dije, Kidder? —bramó—. ¡Han alertado al gobierno! Las fuerzas militares patrullan por donde tenían que pasar nuestras armas con destino a los jefes insurrectos. El rostro de Kidder se había ensombrecido. Masculló con rabia:

—Más bien creo que ha sido una sonda lanzada por la embajada soviética, que recela de nosotros y no quiere que nos movamos libremente por el territorio. La huida de los caciques, desgraciadamente —razonó—, les habrá dado la razón. ¡Maldita Tania Visnayev!

Caparelli pensaba ya en el futuro.

—Si Tania se encuentra en Lago Alberto —señaló—, es que se ha reunido con el matrimonio Melindwa y como supongo que Nur no ha renunciado a sus deseos de hacerse dueño del país, es evidente que la conspiración soviética sigue un curso acelerado.

—Estoy contigo —repuso Kidder lúgubremente.

—¡Tenemos que secuestrar a esta mujer! Partir sin pérdida de tiempo para Butiaba Falls y conjurar la maniobra.

Kidder miró al siciliano-irlandés.

—Ya pasó el tiempo de los secuestros, Caparelli —masculló—. La propia Tania los ha hecho innecesarios.

—¿Qué quieres decir?

—Que hay que eliminar a esta mujer… ¡Quitarla de circulación de una vez para siempre! ¿Lo quieres más claro?

Caparelli no se molestó en contestar. Preguntó:

—¿Cuántos días tardaremos en llegar a los territorios del negro?

—Unas tres jornadas… Si nos turnamos conduciendo el jeep.

—¿Qué harán los hombres de Pancho González?

—Cruzar la frontera para que no caigan en manos del ejército o tengan que enfrentarse con él. Pueden esperarnos cerca del volcán Elgon, ya que no podemos llevarlos con nosotros.

—Humm… ¿Te fías de Pancho González?

—Ni de él ni de los mercenarios congoleños —repuso Kidder—, pero cobran, ¿no?

La pregunta se respondía por sí misma.

Caparelli saltó a otra cosa.

—¿Crees que se podrá reorganizar el envío de armas por Kenia?

—No, durante bastante tiempo. Y no podemos esperar.

—¿Por dónde pasarán entonces las armas que transporta el *Magian*?

—Por algún puerto tanzano. Tengo que contactar con las partidas que operan entre el Rufiji y la línea férrea que une Nairobi con Mwanza. Como ves, todos los camiones conducen al Lago Victoria.

—¿Qué hace el *Magian* en Adén?

—Finge una avería mientras espera nuestras consignas. Ya sabes que transporta un alijo militar por valor de cinco millones de dólares…

Caparelli silbó.

—¡Cinco millones de dólares es una auténtica fortuna! ¡Este condenado Jeff Richardson no teme exponer la pasta! ¿Qué ocurriría si se enterase el espionaje ruso?

—Que el barco saltaría en pedazos.

—¿Viaja con bandera panameña?

—Sí, por supuesto. Richardson tiene intereses en varias navieras fantasma.

—Esperemos que el *Magian* no tenga que permanecer demasiado tiempo en Adén. Podría hacerse sospechoso.

—Cierto —rezongó Kidder—, Está claro que algo gordo teme el espionaje ruso cuando además de alertar al gobierno de Nairobi, Tania Visnayev se traslada a toda prisa a Uganda. ¡Por los cuernos de un cebú! ¡No quieren que ningún gobierno u organización clandestina se les anticipe en la operación!

—Sí, está claro.

Abandonaron la conversación para ocuparse de levantar el campamento.

Comunicaron sus proyectos a Pancho González, y, media hora después, abandonaban aquel valle que días antes formó parte de la ruta criminal.

N'Gongo, Kidder y Caparelli volaban por los caminos enfangados entre el constante «huiyee yuuh» de las hambrientas hienas, respondidas por los «yap, yap, yap» de las aterrorizadas cebras que trotaban veloces por el herbazal de la llanura, tan feraz y alto, que rompían incluso con su poderosa cruz…

En un día recorrieron las casi trescientas millas que les separaban de la frontera ugandesa.

Evitaron todos los poblados que les fue posible.

Rodaron más de noche que de día iluminados por la fantástica luna tropical.

* * *

Tupolev y Rudenko habían observado todos los movimientos de Kidder y sus secuaces en la hondonada del valle…

Se encontraban a dos mil pies de altitud sobre el Lago Nakuru y captaban las imágenes por medio de potentes prismáticos.

No sólo se dieron cuenta del desasosiego de los americanos sino también de las idas y venidas de los mensajeros negros que traían noticias al campamento.

—Se están poniendo nerviosos —exclamó Tupolev.

Rudenko escupió en el suelo.

—Como agentes de la CIA —roncó—demuestran escaso valor y

sangre fría… ¡puaf!

El especialista en antigolpes, sin embargo, era más escéptico o menos dado en colgar etiquetas a las personas sin previa identificación.

—¿Sigues pensando que el pelirrojo y Caparelli son elementos de la CIA?

—Por supuesto.

—Hummm…

—¡Ni «hum» ni diablos! Pondría las manos en el fuego.

—¿Sin riesgo a quemarte?

—Eres ave de mal agüero —repuso el otro, totalmente convencido—. Pero, fíjate.

—Levantan el campo.

—¿Adónde irán?

—A la frontera.

—¿Crees que abandonan definitivamente Kenia tras la intervención militar?

—¡Tú dirás!

Vieron como los congoleños de Pancho González se desplegaban en pequeñas columnas en dirección a Kakamega…

—Démonos prisa —masculló Rudenko.

Al pie del monte tenían camuflado el vehículo todo terreno dotado de un potente equipo de transmisión.

Se comunicarían, inmediatamente, con los caciques indígenas que les eran adictos —o que pensaban que el oro del Kremlin era tan amarillo como el procedente de Washington—, para que interceptaran la columna de González y le batieran.

Aquellos mercenarios eran tropas experimentadas, fuerzas de élite, no convenía dejarlas atrás.

Luego, regresarían a Nairobi para hacer un minucioso registro en el apartamento del fugitivo fotógrafo por si encontraban algo interesante, y tomarían el primer avión con destino a Kampala.

En Uganda se pondrían en contacto con el «agregado comercial» de su embajada, que tenía algo grave que comunicarles…

—¿Qué diablos querrá Dimitri Mishkin?

—Vete a saber —repuso Tupolev.

* * *

Al atardecer del día siguiente y conforme las instrucciones que Rudenko había cursado a los «asesores militares» que operaban en la zona fronteriza, los hombres de Pancho González cayeron en una emboscada, de la que sólo consiguieron escapar el cubano y dos de sus hombres, pero por poco tiempo.

Veinte kilómetros más al norte fueron nuevamente repescados por

sus adversarios.

González se defendió como un tigre, mató a varios contrarios, y mientras encontró munición mantuvo a distancia a los que le acosaban.

Finalmente, viéndose perdido, quiso pactar con el «asesor militar» de la columna negra la manera de conservar la vida.

El ruso, que era un joven oficial con cara de niño, escuchó pacientemente al cubano, pero al final determinó colgarle de la rama de un árbol pensando que era mejor un enemigo muerto que vivo y que las promesas se las llevaba el viento.

En todo momento se rebeló González a aceptar la corbata de cáñamo, pero viéndose impotente, empleó los últimos segundos de su vida en insultar a la madre del militar ruso, que era una excelente mujer que trabajaba en una fábrica de bolígrafos de Járcov.

Cuando le descolgó del árbol, el joven oficial ya le había perdonado en nombre de la autora de sus días.

Tenía un corazón de oro.

Lo enterraron en una zanja.

# Capítulo IV

—¡JA, ja, ja!

El musculoso y magnifico Nur Melindwa tenía la voz gutural y bronca de los grandes monos, de cuyas especies descendían él y los demás hijos de Eva.

Alto como los mejores masai de Kenia —alrededor de dos metros—, vigoroso y atractivo, de soberbias piernas y elástica cintura, vestía a la vieja usanza —una envoltura de hojas a modo de slip, llamada makraka —, y unas sandalias de fina confección europea, por contraste con el slip, sujetas por tiras de piel de antílope. Llevaba también colgada de los labios una estupenda pipa, made in England, que abastecía con las más selectas y aromáticas picaduras de Virginia. En conjunto, resultaba una exótica muestra de lo moderno y de lo ancestral, tallado en una sola pieza.

Hablaba inglés con especial corrección, ya que tuvo de pequeño una profesora nativa, que un día arrojó a los cocodrilos de Nilo Alberto en un acceso de ira. Sus cóleras eran muy celebradas.

—¡Ja, ja, ja, ja! —Nur continuaba riéndose entre los platanares que rodeaban una de sus múltiples Viviendas en Mahaji, pueblo colgado de la cima de una colina—. ¡Es la monda!

—¿Tan gracioso te parece?

—¡Lo juro por el espíritu de mis antepasados! —aseguró el Apolo negro—. Pero ¿para qué quieres ver a Walter McCloskey, mujer cosaca?

Tania Visnayev balanceaba una pierna sentada en una butaca de enea.

Llevaba un sombrero de paja indígena para protegerse del sol, una camisa blanca sport con dos bolsillos y pantalones cortos de safarista. También gafas oscuras.

—¡Bien sabes tú para qué quiero encontrarme con Walter! —exclamó la rusa.

—¿Yo? —dibujó una expresión de profunda ignorancia, que mal cuadraba con sus maliciosos e inteligentes ojos—, ¿Por qué no me refrescas la memoria?

—Sabes que amo a Walter.

—¡Oh, el amor! —declaró cruel.

—Lo tienen prisionero. Lleva seis meses en tu poder.

—Cierto.

—¿Te gusta hacer sufrir a la gente?

—No hagamos frases. Si pudieras lo rescatarías violentamente ayudada por tus sicarios —gruñó Nur, agregando—: La vida de una persona no cuenta en tu organización.

—¡Yo trabajo para una causa nacional! —protestó Tania.

—¡Y yo miro por mis intereses!

Era difícil entenderse.

Una bandada de cercetas cruzó el aire por encima de las orillas del lago, mientras en las zonas fangosas picoteaban colonias de somorgujos y agachadizas…

Tania Visnayev encendió un cigarrillo. Todo el enorme poder que había acumulado la KGB en su persona parecía volatilizarse en presencia de aquel cabecilla africano.

—¿No hago cuánto puedo por ayudarte? —preguntó sin perder la calma.

Dos docenas de watusis rodeaban la vivienda de Nur Melindwa empuñando modernísimas armas automáticas. En ocasiones se hacían visibles aunque por lo regular permanecían agazapados en la sombra.

—No lo suficiente —replicó el negro que tenía los rasgos nilóticos de las poblaciones norteñas, aunque muy cruzadas por ser Uganda un país a mitad camino entre El Cairo y El Cabo—. Hace dos meses que te pedí un millón de dólares, pero en lingotes de oro, ya que aquí no disponemos de metales preciosos —arguyó con ironía y desprecio—, sólo pequeñas cantidades de walframio, tungsteno y cobalto… ¿Adónde se va con eso?

—El gobierno de Moscú te facilita armas y asesores militares para organizar el levantamiento —dijo con voz cansada—. Luego, una vez conseguido el poder, todo podrá ser negociado. Antes no.

—¿No se fían de mí?

—No se fían de nadie.

—Hazles cambiar de opinión.

—¡Imposible! —gritó Tania—. ¡Qué más quisiera yo que comprar la libertad de Walter!

Nur se encogió de hombros.

—¡Cómprala!

En aquel punto de tirantez entre los dos, Lynne McCloskey asomó por el porche de cañas de la vivienda.

—¡Eres un salvaje! ¡Un miserable salvaje! —escupió la mujer—. ¡Una fiera odiosa y repugnante!

—¡Calla, bruja!

—¡Cerdo!

Lynne estaba magnífica. Rubia y escultural. Iba ligeramente ataviada en aquella inmensa hacienda donde el bosque y el pedregal alternaban con los campos cerealistas, con los cultivos de batatas y mandioca, con

el cafetal y los algodonales que se perdían de vista por los abiertos valles de Paidha y Anaka.

Tan sólo el platanar rodeaba la vivienda, con los silos anexos, en los que se guardaban las cosechas de mijo y de sorgo, característicos de las zonas tropicales ugandesas, cuyo clima en modo alguno se correspondía con su latitud.

Lynne McCloskey, hermana de Walter, era la prisionera «erótica» de Nur, a la que forzaba a una vida íntima con él bajo la permanente amenaza de tortura a su hermano.

El desprecio de la americana no alteró, sin embargo, el odioso comportamiento del hacendado negro.

—El día que me harte de ti, te entregaré a mis hombres —amenazó con sádica frialdad.

—¡Muy propio de ti!

—¡Digo!

—¡Eres un canalla!

Tania intervino.

—Hagamos un trato.

El negro la miró con desconfianza.

—Y ¿bien?

—Si yo te entrego el millón de dólares ¿qué seguridad tengo de que Walter y Lynne van a quedar en libertad?

Nur se golpeó el pecho,

—¡Mi palabra!

Era como no decir nada. Sin embargo…

—Impongo una condición —habló Tania.

—¿Cuál?

—Ver a Walter.

—¿Por qué?

—Quiero saber si está vivo o muerto.

—¿Nada más que eso?

—Es suficiente.

Nur graznó:

—¡Está vivo! ¡Ya basta!

La rusa no dio el brazo a torcer.

Al fin y al cabo estaba allí para enterarse.

—¡Entonces no hay trato!

El negro vaciló.

No era tonto. Sabía que en estos momentos se amparaba en sus amistades políticas del Lukiko o Parlamento de Kampala —amistades que por otra parte pensaba traicionar—y en la fuerza de sus hombres, reclutados entre los watusis o karamojas, descendientes de las viejas etnias precoloniales. Pero sabía igualmente, que podía cambiar la panorámica del poder y caer en desgracia. Entonces, los grupos

«incontrolados» se echarían sobre él, movidos y pagados por los agitadores.

Tania Visnayev no dudaría en vengarse implacablemente si se le presentaba la ocasión favorable.

La bravuconería de Nur tenía mucho de inconsistente y alimentada por la ferocidad sin límites de su carácter.

Pero un millón de dólares era una montaña de dinero, máxime en un país tan pobre como Uganda, cuya moneda nacional —el chelín de Africa Oriental—andaba por los suelos. Se decidió.

—¡Kiboko! ¡Kiboko!

Esta expresión —que equivalía a «caballo de río» entre los swahili— no podía ser más acertada.

A tales gritos, se destacó un negro panzudo y enorme con cara de hipopótamo. Avanzó en indecentes cueros por las platanáceas que rodeaban la «casa de campo» de los Melindwa.

Lynne y Tania volvieron el rostro asqueadas.

En general, los hombres de Nur no guardaban el menor respeto con las mujeres, ni siquiera con Lynne o con las huéspedes del cacique porque a éste le importaba poco que fueran desnudos o vestidos.

Kiboko se divertía además luciendo su elefantiásica humanidad, que despedía un hedor insufrible porque se frotaba la piel con grasas y hojas malolientes para poder ahuyentar los mosquitos.

Nur, que atascaba la pipa —made in England—, no se tomó la molestia de mirarle. —Acompaña a las mujeres a la choza del blanco —ordenó.

Kiboko, que no era un chico demasiado inteligente para su edad —cuarenta años—, interrogó:

—¿Te refieres al hermano de tu mujer?

—¿A quién si no? ¡Pedazo de bestia!

El negro no esperó a que el cacique pasara de los insultos a los hechos, como ocurría con harta frecuencia.

Mirando a las mujeres, ordenó:

—Andando.

Tania y Lynne siguieron los pasos del «Hipopótamo» hasta perderse por un bosque cercano…

Kiboko llevaba un látigo en la mano ya que su oficio predilecto era el de verdugo. De vez en cuando lo hacía restallar en el aire.

Se recreaba mentalmente en la posibilidad de que el jefe se cansara alguna vez de Lynne —como había oído en más de una ocasión—y se la echara de carnada… conjuntamente con la hermosa Tania.

La rusa le traía particularmente electrizado, ignorando los pensamientos de aquel canalla, la espía soviética exclamó:

—¡Infeliz de Walter! Sólo queda la esperanza de que alguien intente liberarnos a los dos, o…

—¿Pagar el rescate?

—No, amiga mía.

—Temes a la KGB, claro.

—Temo a Nur, Lynne.

—¿A Nur?

—Sé que si me plegara a sus exigencias, apenas le entregara el dinero, nos haría desaparecer a los tres.

—¿Tú crees?

—Sabe que si os dejara libres, tú y Walter solicitarais la intervención de la embajada americana y el gobierno ugandés abriría una investigación en los territorios de norte… No; ése no es el deseo de Nur.

Encaramados en la copa de los árboles, numerosos negros custodiaban cierta cabaña que se alzaba en el bosque de miraguanos, por cuya senda avanzaban.

Llena de odio, Lynne exclamó:

—¡Si por mí fuera, los cocodrilos de Nilo-Victoria hubieran dado cuenta del canalla de Nur!

Kiboko, que tenía el oído tan fino como la maldad, captó el denostar de las hembras.

—¿Qué murmuráis, princesas? —indagó, ladeando la grotesca cara de hipopótamo.

Pero ellas no se dignaron responderle.

Un avión de las líneas saudíes voló por encima de sus cabezas rumbo al aeropuerto internacional de Entebbe —la antigua capital del protectorado—, al suroeste de Kampala.

Dejó una larga estela en el azul del cielo buscando la raya del ecuador.

# Capítulo V

TRAS vadear el Tukwell en las proximidades de una cascada, el jeep que conducía a Kidder, Caparelli y al cacique N'Gongo, atravesó la frontera para hacer noche en el poblado de Kangola.

Después de repostar víveres y gasolina para proseguir la marcha al oeste, en busca del Lago Alberto, los tres hombres partieron al rayar el alba.

A partir de entonces tendrían que atravesar el Eastern, y rasear la región de Buganda para penetrar en el Western; en definitiva, recorrer tres regiones de las cuatro en que política y administrativamente se divide el país.

Pero esto es lo que menos importaba a los expedicionarios. Lo suyo era comerse el territorio a toda prisa.

Cuando al anochecer del día siguiente acamparon a orillas del Kafu, se situaron a unas ochenta millas del lago.

Ante ellos se extendía una gran zona de pastos donde el ganado rumiaba libremente. Las «manías pastoriles» daban lugar a una ganadería «sentimental» característica, en mayor o menor medida, de todos los pueblos de Africa.

Fortuitamente, tomaron contacto con pescadores-pastores procedentes de un rancho próximo —gentes sencillas y hospitalarias—, que, tras recibir unas libras de tabaco de Kidder, quisieron obsequiarles con un pez grande y horrible. La cabezota estaba moteada de verde y blanco y las mandíbulas ponían en evidencia unos dientes afiladísimos que hubieran podido cortar fácilmente las extremidades de un hombre. Se le bautizó con el nombre de «kambari-ya-fisi» o pez hiena, aunque una vez troceado y puesto sobre las brasas despidió un agradable tufillo.

Cuando aquellos hombres se retiraron, la temperatura había descendido notablemente y corría el fresquito bajo una noche acribillada de estrellas.

De tarde en tarde —y lejos del campamento—se oía él rugido de un león, el famoso «Simba» de los africanos… grave e impresionante como correspondía al rey de la selva. Kidder encendió un cigarrillo, y…

—¿Cuántos guerreros valerosos puede aportarnos, N'Gongo? —interrogó, arrojando el tizón que le había servido para prender el Winston.

—Descartado, por el momento, Pancho González —replicó el negro,

que, lógicamente, ignoraba la suerte que había corrido el cubano y sus hombres—, tenemos que aproximarnos a Hoima y Biso donde tengo leales.

—Hum… gruñó Kidder—, no se trata de organizar un ejército sino una partida. No más de doce hombres.

—Es fácil —puntualizó el cacique.

—Hombres valientes como el león, precavidos como el zorro y rápidos como la gacela. ¿Los tiene, N'Gongo?

—¿Cuál es tu idea?

—Dar un golpe de mano. Asaltar la vivienda de Nur Melindwa, degollar a los cabecillas conspiradores y secuestrar a Tania Visnayev y a Lynne McCloskey. Pero, previsiblemente, estarán rodeados por varios cordones de seguridad.

N'Gongo asintió con la cabeza.

—Nur es un tipo cruel y receloso —dijo—y lleva siempre una guardia personal poderosa.

Esta vez, intervino Caparelli:

—Hay una cosa que no comprendo, Kidder —indicó.

—¿Cuál?

—Que hables de degollar a los cabecillas negros que se encuentran en casa de Nur y en cambio te olvides de éste. ¿Acaso le concedes un seguro de vida?

—Nur tiene partidarios en Kampala y su muerte podría desbocar los acontecimientos y hacerlos incontrolables… —el rostro del mafioso se había ensombrecido—. No gustaría a Jeff Richardson.

Caparelli no estaba tan seguro de la positiva reacción de Nur Melindwa si le raptaban la mujer.

—¿Crees que el wanyoro ama lo bastante a Lynne —interrogó de forma calurosa y extraña—para plegarse a nuestros deseos con tal de recuperar a su esposa?

—Sí —roncó Kidder. Y con cierta agresividad—: ¿Por qué lo dudas?

—Será porque nunca me enamoré hasta este extremo —frivolizó el otro. Y encarándose con el negro, recabó—: ¿Qué opina el jefe N'Gongo?

La respuesta de éste tampoco gustó a Kidder. De hecho se aproximaba bastante al escepticismo mantenido por Caparelli.

—El cacique Melindwa carece de corazón —afirmó.

—¿De veras?

—Su padre fue uno de los más sangrientos cabecillas del norte de Uganda y su madre estaba loca.

—Según eso, el hijo no puede estar muy cuerdo —concluyó el siciliano-irlandés.

Pero Kidder, que llevaba el peso de la operación, era tozudo. Tal vez temía la reacción de Jeff que no perdonaba los fracasos.

Por lo tanto, necesitaba seguir adelante, y, fuese como fuese,

triunfar.

—Lo que importa ahora es preparar el golpe de mano —zanjó, desentendiéndose del adverso parecer de sus compañeros.

N'Gongo conocía las costumbres de Nur.

—En esta época —dijo—se traslada a Mahaji.

—¿Dónde cae esto?

—Al norte del lago.

—¿A qué va allí?

—Posee una gran hacienda donde se reúne con los jefes de las tribus fronterizas del Sudán, y, en general, de la región Northern —extendió los brazos en aquella dirección, agregando—: Por lo común, acatan sus decisiones.

—¿Le son fieles?

—Sí.

—¿No será que le temen? —saltó Caparelli.

—Tal vez.

—¿Tiene Nur más guerreros que los otros juntos?

—Se rodea de mercenarios del Zaire, del Congo o del Sudán cuando le hacen falta. Son tropas veteranas, profesionalizadas y crueles que no dan cuartel a las poblaciones enemigas ni a los prisioneros. ¡Toda la basura armada de Africa!

La figura de N'Gongo se llenó de dignidad.

No obstante, como otros tantos líderes africanos, N'Gongo no vacilaba en arrimarse a unos extranjeros para conseguir sus fines de poder y sus preeminencias tribales.

Eso sí, N'Gongo no era un asesino ni un loco como Nur Melindwa.

Entre unas cosas y otras, se echaron a dormir ya que partirían para Hoima al despuntar el día.

Una vez seleccionados los hombres que necesitaba Kidder, esconderían el jeep en la región de las cataratas del Murchison y marcharían hacia las alturas de Mahaji, en cuya colina había montado Nur su espaciosa casa de campo.

# Capítulo VI

RUDENKO y Tupolev habían tomado habitaciones en un hotel próximo a la Universidad de Makerere, en uno de los parajes más alegres de Kampala.

Pero ellos no se sentían contentos porque no habían contribuido en desmantelar el contrabando de armas por las fronteras kenianas ni en alertar al gobierno de aquella nación, como pensaban los mafiosos.

Tampoco les animaba, mayormente, saber que la partida de González había pasado a la historia.

El motivo de tanta indiferencia, pese a los esfuerzos realizados, se debía al «agregado comercial» de la embajada rusa con el que habían terminado de entrevistarse.

Dimitri Mishkin les había dicho:

—Tenemos motivos para desconfiar de la lealtad de Tania Misnayev.

Para Rudenko, especialmente, fue un mazazo en mitad de la cabeza.

—¿Qué quiere usted decir?

El camarada «agregado» era un hombre elegante. Había encendido un cigarrillo.

—Nos hemos informado a fondo del cabecilla Nur Melindwa —dijo, dando por imaginado que el «nos» se refería exclusivamente a él—y ha resultado ser uno de los tipos más abyectos, neuróticos y despreciables de todo el norte del país. Todavía me parece imposible —agregó muy serio—que Tania recomendara a este energúmeno a las altas esferas y lo presentara como el prototipo para desarrollar nuestra política de influencia en los protectorados del Africa oriental inglesa. No sólo no es la persona indicada —concluyó—sino que «nos» tememos que trabaje en beneficio del espionaje americano.

Rudenko estaba anonadado. Casi sin habla.

Siempre había sido un colaborador fiel de Tania Visnayev a la que admiraba y obedecía a pies juntillas.

Con Tania había montado la red de «agitación» y «captación tribal» alrededor del gran Lago Victoria, cuyas aguas bañaban a tres estados soberanos y casi lamían las pequeñas fronteras de Ruanda y Burundi.

El sueño de Rudenko —compartido por Tania—fue siempre convertir el Victoria en un extenso y profundo lago ruso en el sentido político de la palabra, que irradiara su zona de influencia a los estados vecinales.

¡Toda la obra de meses de entusiasmo y trabajo podía irse al cuerno!

—¿Está seguro de sus afirmaciones, señor?

—Sí, camarada.

—¿Completamente seguro? —porfió Rudenko con voz opaca.

—¿Cuántas veces tendré que repetírtelo… camarada?

—Es que ni aún oyéndole mil veces —arguyó desinflada— mente—, me siento capaz de asimilarlo.

Y se dejó caer en el respaldo de la butaca como un cuerpo muerto.

El «agregado comercial» enarcó ostensiblemente la ceja.

—Completamente seguro de lo que afirmo, La camarada Visnayev cuando menos ha incurrido en un gravísimo error del que tendrá que dar cuenta a sus superiores.

¿Comprendido, Rudenko?

Este asintió con un golpe de cabeza.

Se dio cuenta de que Mishkin le miraba con algún recelo y se puso a temblar. Podía ser el final de su carrera, también.

—¿Cuáles son las consignas, camarada? —preguntó.

—Partir para el norte, y, sin que Tania y Nur Melindwa recelen de ti, averiguar qué juego se traen entre manos —ordenó el «elegante»—. Después, al regresar, te dirigirás con la camarada a la pequeña población comercial de Gulu… a pocas millas de los territorios técnicamente dominados por Nur, dónde miembros de nuestra organización se harán cargo de Tania. De momento, quedará retenida hasta conocer tu informe y depurar su responsabilidad. ¿Alguna pregunta que hacer? —interrogó el orgulloso funcionario.

—No, ninguna… ¿Cuándo debo partir?

—Lo más pronto posible.

—¿Sólo o con Tupolev?

—Tengo excelentes informes de éste. Fue uno de los mejores alumnos de la academia de Kiev. Incluso su nombre resulta reconfortante —se rió con cierta estudiada teatralidad—. Particularmente me gusta mucho viajar en el Tupolev 134 de Aeroflot. ¿Qué te parece, camarada?

Tupolev, que dependía de los servicios de inteligencia militares, no le gustaba la altanería y el sarcasmo de que hacía gala el funcionario civil.

Repuso con cierta agridez…

—A mí me enseñaron la técnica antigolpe, camarada agregado de la aviación de mi país sé poca cosa.

—*Alack-a-day!*[4] —exclamó el ruso—. Podéis retiraros.

* * *

Ya en la calle, caminaron en silencio y sumidos en profundas reflexiones.

Al cruzar por delante de la catedral católica, Rudenko no pudo

contenerse:

—¡Maldita sea su alma! —estalló—. ¡Dudo que haya una sola palabra de verdad en todo lo que ha dicho!

Tupolev no opinaba lo mismo de Dimitri Mishkin aunque le hubiera resultado antipático como persona.

Interrogó:

—¿Por qué te callaste la historia de Kidder como posible agitador de la CIA en confabulación con la mafia neoyorquina que representa Jeff Richardson?

—Llevaba este asunto directamente con Tania Visnayev —se excusó.

—¡Eh! ¿Quieres decir que los altos funcionarios de la KGB, destacados en aquella ciudad, ignoran tu fracaso al querer echar el guante a uno de los hombres de Jeff en la Calle 42? —Sí.

—¿También las muertes de Tom Winwood y Mike Parsons?

—Te repito que este asunto era de la competencia de Tania. Ella coordinaba todas las actividades de la operación «Uganda», y, como tal, informaba a sus superiores de lo que consideraba pertinente.

—Hummm… —gruñó Tupolev—, ¿y no te resulta extraño?

No sólo le resultaba extraño a Rudenko sino que ahora se arrepentía de no haberse sincerado con Dimitri Mishkin. Sospechaba que al final le iban a complicar la vida.

—¡Yo qué sé! —barbotó irritado.

Pero Tupolev iba a lo suyo.

—¿Crees que Tania es una espía doble?

La irritación de Rudenko creció.

—¡No lo quiera Satanás!

—Pero… suponlo —porfió el especialista en antigolpes—, ¿qué ocurriría con Kidder? ¿Sería un hombre de la inteligencia americana o un simple contrabandista de armas al servicio de un mafioso?

Tupolev no era tonto. Llegaba fácilmente a deducciones certeras.

Rudenko tuvo que admitir esta posibilidad con amargura.

Masculló:

—Supondría que Tania me entregó una pista falsa como si echara un hueso a su perro obediente y fiel… Kidder no podía llevarme a ninguna parte, al menos respecto a los servicios de inteligencia del Pentágono. Cuando me hubiera dado cuenta de esto… ella hubiera tenido tiempo de desarrollar sus planes con este maldito cacique negro,

Tupolev encendió un cigarrillo.

—¿Tan complicada y desleal es esta mujer? —interrogó. Y a continuación—: ¿Cómo no te diste cuenta si llevabas casi tres años trabajando con ella en calidad de delfín?

—¿Qué pretendes con esto, Tupolev? ¿Confundirme o amargarme más?

—Calma, calma…

Pero Rudenko seguía por el disparadero.

—¿O afirmar que soy un necio… un incompetente, y que no veo a un palmo de la nariz?

—No te lo tomes así.

—¡El diablo te lleve!

Regresó a un silencio hostil tras desfogarse con la última parrafada.

Tupolev, por el contrario, empezaba a ver claro en aquel asunto.

Rudenko caería en desgracia. Le sabía mal porque en el fondo lo consideraba un patriota, aunque demasiado confiado, e incluso utópico.

Para distraerse le echó un piropo a una negrita, que salía de una tienda de coloniales.

A la muchacha le hizo gracia la cosa. Se rió alegremente enseñando unos dientes de alcanfor y su encendida garganta. También onduló las caderas de forma mareante como sólo saben hacerlo los negros acostumbrados a los ritmos tribales.

—¿Has visto, camarada? —preguntó a Rudenko que andaba tieso y ceñudo.

—¿Ver? ¿Qué?

—No, nada.

No se había dado cuenta del «bombón de chocolate».

Tupolev comprendió que el infeliz estaba hecho polvo.

# Capítulo VII

KIBOKO se paró ante la cabaña donde terminaba la senda del bosque de miraguanos que habían seguido. Era una edificación más parecida a una guarida animal que al posible refugio de un ser humano. Incluso carecía de ventanas. La luz solar tendría que filtrarse al interior por los intersticios abiertos en los troncos de las paredes.

El negro levantó la tranca que servía de cerrojo al antro, y, encarándose con las mujeres, masculló:

—Pasad, princesas, pero sin intentar ninguna tontería… No fuerais a probar la correa —lamió con la vista las esculturales piernas de Tania, rematando—: A ti, cosaca… ¡me gustaría ponerte el cuño en las nalgas!

Y continuó con obscenas palabrotas propias de un cerebro subdesarrollado.

La espía soviética no le hizo el menor caso.

Cuando Lynne cruzó el umbral de la cabaña, una voz varonil la estremeció de arriba abajo.

—¡Hermana mía! ¡Querida!

—¡Walter! ¡Walter!

Se echaron uno en brazos del otro.

Lynne notó que su hermano tenía barba de días, incluso de semanas o meses, ya que llevaba seis sin verle.

Tania Visnayev había cerrado los ojos, sin hacerse visible, para que los hermanos se expansionaran, mientras su corazón galopaba fuertemente.

Había conocido a Walter McClosky a través de Lynne, que trabajaba en una empresa norteamericana de Kampala.

Walter era un prometedor geólogo de la Universidad de Princeton contratado por el gobierno ugandés, conjuntamente con otros técnicos en recursos naturales, para levantar un mapa económico del territorio que sirviera de base a una futura y ordenada explotación de las riquezas.

Pero ambas se habían enamorado de forma tan rápida, vehemente y avasalladora que costaba creerlo.

Nur Melindwa había roto el idilio una hermosa tarde de agosto a orillas del Alberto…

Sin poder resistir por más tiempo la tentación, Tania avanzó hacia la entrada de la choza. Walter la vio, inmediatamente, a través de la alborotada cabellera de Lynne.

Se quedó rígido y sin conceder crédito a los ojos.

Se desprendió de los brazos de su hermana, gritando:

—¡Tania! ¡Tania!

—¡Sí, sí! ¡Walter! ¡Amor mío!

Las lágrimas resbalaban por el rostro de la espía.

—¡Dime que no estoy soñando! —balbucía el infeliz—. ¡Qué no eres un fantasma querido, fruto de mi pasión y de mi soledad!

—¡No… no estás soñando, amor! ¡Soy yo! ¡Tania!

—¿Quién… quién te ha llevado hasta aquí? ¿Significa que estoy libre? ¡Llevo seis meses apartado de ti y de Lynne!

Observando la tremenda ansiedad de su hermano, esta última no pudo contenerse y estalló en sollozos. Pero, dentro de su corazón, se levantó la imagen de otro hombre… de una persona que consideraba perfectamente capaz de rescatarla y también de libertar a Walter, terminando con el tenebroso poder de Nur Melindwa. «¡Oh, Mike, Mike…! —invocó—. ¿Acaso te has olvidado de mí?»

Tania tampoco lo pasaba mejor estrechamente enlazada al cuerpo del prisionero.

Walter resultaba una sombra de sí mismo después de tantos meses de sufrimiento y cautiverio.

Demacrado y pálido, sucio y tembloroso, más que un hombre de treinta años, en la plenitud de sus fuerzas, parecía un despojo humano.

¿Cómo decirle en aquellas circunstancias que sólo se trataba de una visita breve, de unos minutos de felicidad que pasarían sin darse cuenta, para volver de nuevo a la soledad y a la incertidumbre? ¿No resultaba tremendamente cruel?

Lamentaba ahora haber presionado al cacique negro para que le concediera la entrevista.

—Aún no estás libre, amor mío —murmuró Tania de la forma más dulce que le fue posible—, pero lo estarás dentro de poco… de muy poco.

—Ah —exclamó con desaliento—, debí figurármelo.

—Sólo unos días, Walter.

—Sí, unos días…

—¡Levanta el ánimo! ¡Amor mío!

—¡Si estoy alegre! —barbotó el infeliz—, ¿no lo ves, Tania?

—¡Sí, lo veo! ¡Tengo necesidad de verlo! ¡Sé que eres un hombre fuerte y valeroso!

—¡Una mierda!

Había sonado la voz estúpida y ominosa de Kiboko, que se daba a todos los diablos viendo la actitud apasionada de la pareja.

El negro consideraba a Walter McCloskey una sabandija humana que se podía aplastar con el pie.

En un arrebato de ira, Walter separó a Tania de un empujón y se

arrojó sobre el cuerpo de Kiboko al que machacó la cara con los puños, aplastándole le nariz y abriéndole el labio.

El sorprendido negrazo retrocedió espantado, pero al darse cuenta de lo que ocurría rugió como un tigre…

El geólogo gastó las últimas energías lanzando un zurdazo al ojo de su enemigo.

Kiboko descubrió todas las estrellas del firmamento.

Ambos se hallaban fuera de la cabaña.

Ahora podía verse que las ropas de Walter estaban hechas girones, trapos descoloridos y malolientes…

Dentro de aquellos harapos había una calavera humana, un ser atormentado y sin fuerzas, pues las únicas que le asistían las había gastado ya en el esfuerzo anterior que ahora pagaría cruelmente.

Tania comprendió por la expresión de Kiboko que el miserable hombrón era capaz de matar al prisionero… de machacarle los huesos poco a poco, de convertir su rostro en una pulpa sanguinolenta.

Kiboko alzó la mano armada con el látigo. Lo hizo silbar como una culebra, lanzándolo contra el cuerpo de su adversario.

—¡No! ¡No le pegues! —gritó Tania.

El trallazo fue impresionante. La correa se enroscó en el pecho del geólogo, abriendo un surco cárdeno y terrible que llegó al mismísimo hueso.

—¡Te arrancaré la piel tira a tira! —bramó el negro con espumarajos de rabia.

Walter se retorció como una lombriz, pero aguantó el alucinante castigo sin exhalar una queja.

El espíritu de las mujeres que estaban allí y que él tanto amaba, le proporcionaba un valor y un estoicismo casi sobrenaturales.

Pero esta actitud de mártir, sólo podía servir para encorajinar más y más la brutalidad del negro, que sólo aplacaba los largos y desgarradores lamentos de las víctimas… ¡hasta que aquéllas rompían las cuerdas vocales con sus gritos!

—¡Te haré comer la lengua a fuerza de suplicarme!

Los negros que guardaban la cabaña, en número de diez, bajaron de los árboles para animar el espectáculo, situándose lo más cerca posible del vapuleado.

Kiboko alzó de nuevo el látigo mostrando su tenso y poderoso cuerpo de gladiador negro…

Walter esperó el golpe sin pestañear, con las piernas separadas para no caerse.

En el momento de bajar el brazo, Tania saltó sobre el verdugo clavándole un feroz mordisco a la altura del tríceps que por poco se lo arranca del bocado.

Kiboko, al contrario del geólogo, aulló como un coyote cazado en

una trampa, hasta el extremo de soltar el látigo…

La correa fue inmediatamente recogida por la rusa que la abatió varias veces sobre el cuerpo del negrazo…

Lejos de socorrerle, los guerreros-espectadores se rieron a más no poder viendo como Kiboko bailaba al son de la tralla de la chica, que manejaba con singular donaire.

Pero la pelea resultaba demasiado desigual para que el salvaje tratara de salir huyendo…

Con irreproducibles palabrotas se arrojó sobre la rusa que aplastó con sus brazos.

—¡Suéltame, bestia! ¡Mono asqueroso!

Pero Kiboko la inmovilizó, ordenando a sus hombres a que hicieran lo propio con el blanco y con la mujer de Nur.

Una vez atados e inermes, Kiboko rumió la venganza.

Miró a Walter de forma siniestra.

—¿Es tu novia?

—¡Sí… hijo de perra!

—La quieres mucho, ¿no?

Walter cerró la boca.

Intuyó que algo horrible bullía en el sucio cerebro de aquel miserable torturador de seres humanos.

—¿No contestas… muñeco?

—¡Sí! ¡La quiero!

Esta vehemente declaración de fe causó mucha risa y complacencia en el otro.

—Dentro de poco la vas a querer más —dijo, babeando mala sangre y lujuria.

En partes iguales.

Walter notó que le vaciaban el cerebro.

—¿Qué quieres decir?

Kiboko se encaró con el jefe de los guerreros.

—¡Desnudadla!

—¡No!

El grito de Walter llenó todo el bosque.

—¡Tumbadla en el suelo!

Tania intentó defenderse infructuosamente.

También Walter quiso romper las ataduras sin conseguirlo.

La sentencia del repugnante Kiboko no se hizo esperar.

—Poneos en fila india —ordenó a sus muchachos—. Uno detrás de otro… ¡Hay mujer para todos!

Quiso la fortuna que Walter perdiera el conocimiento para no ver con sus propios ojos cuanto allí aconteció.

Lynne sí que lo presenció con las pupilas arrasadas de lágrimas y decidida a terminar con Nur aunque le costase la vida.

# Capítulo VIII

LOS doce guerreros propuestos por Kidder fueron debida y satisfactoriamente seleccionados en los alrededores de Hoima, entre los leales al cacique N'Gongo.

Ahora avanzaban sigilosamente —y sólo aprovechando la noche— hacia los dominios de Melindwa, para sorprenderle en una de sus habituales orgias nocturnas.

Pero como atacaban la colina de Mahaji por el este, antes de llegar a la mansión de Nur, tenían que pasar, forzosamente, por la cabaña donde se protagonizaron los trágicos sucesos del mediodía.

Los guardianes roncaban apoyados en las paredes exteriores del refugio y montaban una leve vigilancia que renovaban cada dos horas.

Aunque tenían prohibido el alcohol, el ron corría clandestinamente entre los mercenarios.

Aquel atardecer habían bebido más de la cuenta, pues se sentían satisfechos y pletóricos por haber gozado el precioso cuerpo de Tania Visnayev.

Kidder cedió el mando a Caparelli. Tan sorprendente decisión podía ser explicada de alguna forma.

Tal vez no fuera la «única», pero…

Durante la cena habían comido saltamontes asados —a los que los indígenas sólo quitan las patas y las alas y que constituye un suculento plato ancestral—, pero que a Kidder, criado con hamburguesas y perros calientes, le sentaron como un tiro.

Precavidamente, Caparelli había desplegado los hombres en abanico trepando por la falda de la colina.

Tras una hora de sigilosa ascensión, descubrió la cabaña de troncos alzada en un calvero y que la luna iluminaba profusamente.

El bulto de los durmientes era fácilmente reconocible y sus ronquidos despertaban los ecos del bosque.

Comprendió Caparelli que lo principal era reducir a los guardianes, pues los otros podían ser eliminados sin darles tiempos de ofrecer resistencia.

En este sentido se dirigió a sus hombres:

—Tenéis que rodear la cabaña —dijo—y apretar el cerco sin que cunda la voz de alarma…

—¿Pretende matarlos a todos, effendi? —interrogó el cacique

N'Gongo.

El aludido le miró con ironía y contestó con otra pregunta:

—¿Para qué necesitan la vida estos miserables? ¿Para que sigan causando daño en el mundo, N'Gongo?

Resultaba chocante que Caparelli —el implacable y mafioso agente de Jeff Richardson—hablara de esta forma, cuando él mismo se movía en el mundo de la delincuencia y en contra de la ley y el orden establecidos.

—¡Sea, pues! —dijo el negro, girando sobre sus talones.

Puesta en marcha la operación, prontamente se dieron cuenta de que sólo había un guardián apoyado en el tronco de un miraguano, fumando cachazudamente su pipa.

Llevaba la metralleta colgada del hombro, con la mano indolentemente apoyada en el cargador y pensando sabe Dios en qué.

Caparelli se le acercó por la espalda, sigiloso como una pantera, y empuñando firmemente el terrible machete montés.

En el momento oportuno, lanzó el brazo adelante y lo encogió sesgado en torno al tronco de la palmácea, a la altura de la garganta del centinela… La cabeza del infeliz se desprendió del cuerpo, y, rebotando en unas piedras, rodó colina abajo.

¡Sin exhalar un grito!

Caparelli reagrupó a la fuerza para ordenarle el ataque general contra los que dormían alrededor de la cabaña.

Los hombres avanzaban a gatas, con el cuchillo entre los dientes, al estilo de los viejos bucaneros.

Cuando se hallaron a escasos pies de las víctimas se arrojaron sobre ellas hundiendo el acero en el corazón de los sorprendidos hombres de Nur Malindwa.

Enormes caños de sangre saltaron junto a los troncos de la choza y empaparon el terreno de manchas cálidas y oscuras…

La matanza se consumó de forma tan alucinantemente silenciosa como la propia muerte del centinela.

—¡Bravo, muchachos! —exclamó Caparelli, ponderando el macabro espectáculo—. Veremos ahora qué diablos guardan en esta edificación tan bien defendida. ¡Echad la puerta al suelo!

Resultó fácil.

El siciliano-irlandés saltó adelante con el arma en una mano y la linterna en la otra.

—¿Quién anda ahí?

Alguien replicó débilmente:

—Un muerto.

Caparelli captó el acento americano del que de esta forma se expresaba.

—Para muerto bien habla, pero… ¡por Satanás! —Caparelli se

interrumpió, observando a un tipo atado de pies y manos a unas estacas del suelo—. ¡Extraña forma de descansar es ésa, amigo!

—Esa voz… —balbució el del suelo.

—Americano también.

Walter intentó incorporarse.

No pudo. Además la luz de la linterna le cegaba.

—Espere.

Caparelli cortó las ataduras y ayudó a incorporarse al otro que apenas podía moverse con todos los músculos agarrotados por la dolorosa e inmóvil posición a que le habían sometido.

—Gra…cias.

—No me las dé todavía —expresó el mafioso con sarcasmo—, Ni siquiera hemos sido presentados.

—Me llamo Walter… McCloskey y…

—Déjelo. Ya tendremos ocasión de hablar.

Kidder, que andaba rezagado por culpa del vientre, llegó finalmente a la cabaña. Plantándose ante Walter, miró en torno y confirmó que su compinche era una auténtica máquina de trinchar.

—¡Por los cuernos del diablo! —graznó a la vista de aquella matanza —. ¡Más limpio no podía quedar el monte!

—Se ha hecho lo que se ha podido —explicó Caparelli con irónica humildad.

Kidder señaló a Walter.

—¿Quién es este?

—Walter McCloskey.

—¿McCloskey? Este nombre me suena.

—Y a mí también —agregó Caparelli—. Díganos, buen hombre, ¿conoce a una tal señora Lynne?

—¡Mi her…mana!

—¡Eh!

—¿Casada con Nur Melindwa? —interrogó el siciliano-irlandés con voz extraña.

—¡Casa…da no! —gritó histéricamente el infeliz—. ¡Prisionera de este salva… je!

Kidder estaba perplejo.

Si lo que decía aquel hombre era cierto, ¿cómo diablos se explicaba que Tania Visnayev colaborase con el verdugo de su amiga Lynne?

—¡Hable!

El prisionero inició un corto y entrecortado relato —pues apenas podía sostenerse en pie—, pero que fue suficiente para poner las cosas en claro, aunque no todas, para no explicar sus motivaciones personales.

Al final estuvo a punto de desmayarse como consecuencia de su extrema debilidad. Kidder tuvo que sostenerle.

—Que le den un trago de ron y comida —dijo entonces Caparelli,

dirigiéndose a los negros.

El propio cacique N'Gongo, que conocía la medicina tribal, se hizo cargo de él.

Kidder lo aprovechó para llevarse a su amigo a un lugar solitario e interrogarle:

—¿Por qué crees que se habrán peleado Tania y el negro? ¡Mira que violarla salvajemente en la explanada de la choza!

Caparelli, antes de responder, encendió un cigarrillo.

—Según Walter —recordó—, Nur Melindwa llevaba meses chantajeando a Tania Visnayev.

—¡Bah, bah…! No acepto esta versión.

—¿Crees que miente?

—Creo que ha vivido al margen de los sucesos.

—Cierto —convino Caparelli—, pero si las relaciones entre Tania, Lynne y el negro hubieran sido afectuosas, ¿cómo explicas que torturaran a este pobre muchacho?

—Yo lo plantearía de otro modo —dijo el terco Kidder.

—Ah, ¿sí?

—¿Qué hizo Tania, como responsable del espionaje soviético en esta zona de Africa, para encolerizar a Nur Melindwa?

Caparelli estuvo a punto de replicar, pero se lo repensó.

—Tal vez.

—El verdadero secreto de esta anómala situación sólo lo sabe Tania Visnayev —abundó Kidder—, y por tanto hay que echarle el guante para que suelte la lengua.

—¿Te olvidas de Lynne?

—No —replicó Kidder—, pero no la considero protagonista de los hechos. Si acaso víctima de los mismos como su hermano.

Caparelli no tenía ganas de alargar el tema.

Ni tampoco de descubrir sus pensamientos. Así que…

—Puede, puede…

—¡Y tanto! —remató el pelirrojo, satisfecho de su penetración—. Espero que esta misma noche tengamos ocasión de comprobarlo.

—¿Asaltaremos la vivienda del negro ahora?

—Es el momento indicado, ya que estarán todos reunidos y se considerarán seguros.

—Por supuesto. ¿Mandarás tú la operación?

—¡Diablos no! —rechazó, apretándose el vientre—. ¡Malditos saltamontes!

Kidder ignoraba que Caparelli le había mezclado cierta droga en el té de la noche.

—¿Entonces?

—Tú y N'Gongo os haréis cargo de los hombres. ¡Ojalá limpiemos la casa como se ha limpiado esta colina!

Caparelli se echó a reír.

—Procuraremos esperarnos.

Sin más, fueron en busca de la gente para impartir las oportunas consignas.

Para Kidder el tiempo apremiaba.

Seguía pensando en Jeff Richardson.

# Capítulo IX

RUDENKO y Tupolev sorteaban uno de los manantiales sulfurosos de Lago Alberto adonde habían llegado contorneando la orilla por el sur…

En todo momento, buscaban la forma de espiar sin que fueran vistos, ya que en esto consistía, básicamente, la misión que les había encomendado el camarada «agregado».

De todas formas, contaban con el apoyo de algunos «asesores militares» para casos de emergencia. Dichos «asesores» les esperaban cerca de Mahaji, en un lugar convenido del monte.

Tras vadear algunas cubetas donde las aguas termales se retenían, los dos agentes de la inteligencia rusa trepaban por unos terrenos llenos de incrustaciones amarillas —propias del azufre—entre el incesante «cuak, cuak, cuak…» de los patos silvestres, de los gansos y de otras palmípedas, que se arracimaban —formando verdaderas colonias—por los mismos caminos y trochas que ellos recorrían.

—¡Ojalá se ahogaran todos! —exclamó Rudenko, que se había especializado en el espionaje silencioso—. ¡Son capaces de despertar a los muertos!

—Tienes razón —convino Tupolev—, ¡Es un coro verdaderamente infernal!

«Cuak, cuak, cuak, cuak…»

Consiguieron, finalmente, despegarse de sus incómodos compañeros, que a la vez se fueron calmando.

Caía ya la tarde y espesas nubes se acumulaban sobre sus cabezas, presagiando un chubasco torrencial.

—Hummm… —gruñó Rudenko, observando el borrascoso firmamento—, esto se pone malo.

—¿Temes un diluvio?

—Algo peor.

—¿Peor? —interrogó Tupolev, sorprendido.

—Nos movemos por una ramblada —manifestó Rudenko—donde las aguas van a bajar como un obús si le da la gana de descargar. ¿Comprendes el problema?

—¿Qué hacemos entonces aquí? ¿Esperar la riada?

—Escorémonos hacia el este… en dirección a Murchison.

—¡En dirección al infierno si es preciso! —barbotó el antigolpista que no tenía ganas de morir ahogado.

Más que andar trotaban ahora.

Sin embargo, tuvieron la suerte de ponerse fuera de la rambla cuando caían los primeros goterones. También consiguieron refugiarse en una cueva natural, que otrora sirviera de refugio a los grandes depredadores de la zona.

Hay que decir, que con la creación de parques naturales, la comercialización de los safaris y la penetración de multinacionales turísticas euroamericanas, el paisaje africano —desde el punto de vista faunístico—había perdido gran parte de su salvaje belleza. No obstante, el equilibrio ecológico —aunque degradado—persistía y no era aconsejable fiarse demasiado de los mil peligros ocultos en el corazón del continente.

Los goterones se convirtieron rápidamente en una catarata de agua, que, sin embargo, duró poco debido a un imprevisto golpe de timón del viento, que barrió las nubes hacia el oeste, camino de la vieja Stanleyville y la inmensa red de afluentes tributarios del caudaloso Congo.

—Menos mal —masculló Rudenko, aliviado—. El aguacero podía durar toda la noche. —Y alcanzar nosotros Mahaji con un retraso de veinticuatro horas —agregó Tupolev. —Sí, muy cierto.

Viendo que despejaba definitivamente, Rudenko exhortó:

—¿Caminemos pues?

—Sí; no perdamos más tiempo.

Se lanzaron de nuevo al camino.

Sin sospecharlo, seguían la misma ruta que antes recorriera la partida de Kidder, y, por lo tanto, marchaban en dirección a la cabaña de la colina.

Y lo hacían con idénticas precauciones temiendo un encontronazo con los mercenarios de Melindwa, que debían ser tan locos y sanguinarios como su jefe, de aceptar las revelaciones que Dimitri Miskin les había hecho en Kampala.

El cielo se había despejado soberanamente y alrededor de las cuatro de la madrugada hicieron un macabro descubrimiento bajo el fulgor de los astros: ¡una cabeza humana horriblemente mutilada de un machetazo y mostrando el muñón sangriento del cuello!

—¿Te fijas?

Tupolev casi se asustó.

El aspecto que presentaba la cabeza era alucinante.

—¡Por todos los diablos! —masculló, retrocediendo—. ¡Vaya manera de perder la vida! Un ejército de hormigas peleándose con grandes cucarachas nocturnas se cebaban sobre el espeluznante despojo.

—¡Vámonos de aquí! —gritó sordamente Rudenko con el estómago mareado—, ¡Esta visión me produce náuseas!

A Tupolev le producía poco menos que terror. Notó que un sudor frío

se le condensaba a lo largo de la columna vertebral hasta agarrotarle la mismísima médula.

—Si, vámonos —eructó.

Continuaron persiguiendo la altura del bosque cada vez más tensos y recelosos. Ya no se fiaban ni de la sombra de los esbeltos miraguanos con sus abanicadas y elegantes hojas… Detrás de cada pequeña palmera podía esconderse un machete trágico y mortal… ¡y cortarles la cabeza en un santiamén!

¡No era ninguna broma!

Con tan terrible aprensión, coronaron la cima hasta la choza que sirviera de cárcel a Walter McCloskey.

Rudenko tuvo ahora que echar mano a toda su firmeza para no desmayarse del susto. Hasta nueve negros, salvajemente macheteados, mostraban sus rígidas facciones al destello lunar…

Casi todos tenían los ojos cerrados como si la muerte les hubiese sorprendido durmiendo y sin darles opción de protestar.

Tupolev tartamudeó:

—¿Qué horda ha pasado por a…quí?

Entre aquellos espantosos restos bullía una colonia de ratas celebrando el fantástico banquete con ríspidos chillidos y movimientos de colas… de vez en cuando sus minúsculos ojos encolerizados brillaban con tonalidades rojizas… Lejos de asustarse, la mayoría de los múridos continuaban descarnando las piltrafas negras con sus asquerosas bocas insaciables…

¡Realmente aterrador!

Rudenko desvió la mirada a la cabaña, murmurando algo ininteligible.

—¿Acaso se han peleado los hombres de Nur Melindwa entre sí? —aventuró Tupolev.

Al otro le pareció aceptable la hipótesis. En realidad, cualquier hipótesis le hubiera parecido buena en aquellas circunstancias.

—Acaso.

El oficial antigolpista iba recuperando el aplomo perturbado por la visión de la masacre.

—¿Tan bestias son?

—A la vista está.

Esto era innegable.

Rudenko avanzó unos pasos en dirección a la cabaña. Al llegar al umbral chispeó la linterna sorda.

Distinguió un jergón, una mesa y cuatro estacas clavadas al suelo. Le sugirió claramente que había servido de prisión… Tal vez albergó algún personaje importante a juzgar por la matanza que se había producido en torno, y que, de alguna forma, cabía relacionar con la historia del pájaro que habitó la jaula, ahora vacía.

Así se lo manifestó a Tupolev.

—Pudiera ser —convino éste.

—¿Quién diablos sería?

Tupolev se encogió de hombros. Al oficial ruso no le gustaba jugar a las adivinanzas sino pisar terreno firme.

—Me pregunto si Tania Visnayev habrá tenido algo que ver con todo esto.

—Al menos ha de saberlo —arguyó Rudenko—, puesto que conspira y vive en la hacienda del cacique.

—Busquemos dentro de la cabaña por si encontramos alguna pista…

—Sí, vamos a ello.

Registraron minuciosamente aquel cubil en busca de algo clarificador.

—¡Nada! —gruñó Tupolev.

En efecto, ni un papel escrito, ni un nombre tallado en los troncos de la pared, ni un objeto personal… nada les salió al paso que consiguiera informarles sobre la personalidad y la importancia de su antiguo ocupante.

Descorazonados —y sintiéndose incómodos en compañía de tantos cadáveres—los dos agentes de la KGB decidieron continuar el viaje bien que extremando al máximo las precauciones conforme se acercaban a la vivienda residencial del tirano negro.

* * *

Con iguales precauciones avanzaba la partida de Kidder.

Lo hacía lentamente, pegada al terreno, y escrutando todas las sombras del paisaje que pudieran resultar sospechosas.

La vivienda de Melindwa —iluminada por un grupo electrógeno importado de la URSS—destellaba a un cuarto de milla de la punta que comandaba Caparelli…

Kidder viajaba detrás de la columna, en retaguardia.

Entraban ya en el platanar, que rodeaba la casa de campo, inundada de luz, de música y de histeria… Un grupo de bailarinas árabes, procedentes del Alto Nilo y de las zonas lacustres donde crecían los viejos papiros, danzaban desnudas o solamente con un velo —que trenzaban y destrenzaban sobre sus esculturales cuerpos morenos—, para alegrar la vista de Nur Melindwa y un grupo de tiranuelos de las comarcas próximas a Mahaji, a los que la bacanal les iba como un alucinógeno.

Tania Visnayev descansaba en una habitación del primer piso, agitada por un extraño duermevela plagado de tremendas pesadillas. Cuando volvía a la realidad, sólo pensaba en vengarse de Nur y hacerle pagar caras las crueldades que había cometido con Walter y con ella

misma al entregarle a la ferocidad de Kiboko.

De vez en cuando, se paseaba por la habitación… Observaba en el espejo las múltiples heridas que tenía por todo el cuerpo, que le dolían horrores, y que de alguna forma había intentado lavar para que no se le infectasen.

Fuera de la vivienda, un grupo de veinte hombres controlaban el platanar con las metralletas a punto de disparo. Aquellos tipos no eran tan perezosos ni confiados como los que habían muerto en la cabaña, durmiendo los diablos del ron…

Así lo entendió Caparelli mientras les observaba a través de las grandes hojas hendidas del bananal. Allí habría lucha. Convenía, por lo tanto, atacar por sorpresa, diezmando el mayor número posible de hombres con las primeras ráfagas, a fin de abrirse camino hacia la vivienda. Dentro de la misma habría otros guerrilleros prestos a intervenir.

La acción tenía, pues, que ser fulminante. Un golpe de mano relámpago. Lo tenía muy claro.

Pensó en Lynne McCloskey y en Nur Melindwa y dibujó un rictus de crueldad. La historia se remontaba lejos…

Sigilosamente, reagrupó a los hombres y les explicó lo que esperaba de ellos.

—¿Estáis dispuestos, muchachos?

N'Gongo respondió por todos.

—¡Lucharán hasta la muerte si es preciso! —puntualizó con aquel sesgo de dignidad que repentizaba en los momentos difíciles—, ¡No desean otra cosa!

Caparelli puso en duda que ansiaran espicharla tan pronto, así que tomó las palabras de N'Gongo de un modo simbólico, como expresión de las ganas que tenían aquellos guerreros de ser leales a la causa del cacique.

—Yo daré la señal de disparo —advirtió—con la primera ráfaga. Situaros de forma que podáis asegurar el blanco, desperdiciando el menor número de proyectiles posible. Tenemos que asaltar la vivienda, procurando que los de dentro apenas tengan tiempo, de reaccionar. ¿Me habéis entendido? —preguntó con firmeza.

Los leales e inocentes negros mostraron sus blancas dentaduras al asentir con una sonrisa.

Eran buenos chicos.

Caparelli les bendijo:

—A tomar posiciones y… ¡suerte!

Justo entonces asomó Kidder por detrás de un banano.

La expresión del pelirrojo asustó a Caparelli.

—¿Qué diablos te ocurre? —interrogó.

—Oí cómo dabas instrucciones a los negros.

—¿Y…?

—Me parece bien, aunque yo no tomaré parte en la refriega porque no tengo fuerzas ni para correr. No obstante, dispararé a las ventanas y a cualquier hueco donde asomen las narices los que están dentro.

—Esperemos que no ofrezcan mucha resistencia.

—Esperémoslo.

Poco más hablaron ambos mafiosos.

En todas estas operaciones, Walter McCloskey anduvo suelto y sin que nadie se ocupase, aparentemente, de él.

Continuamente, pensaba en Tania Visnayev y en el proyecto que tenía la mujer de abandonar el servicio de inteligencia ruso y pedir asilo político a los Estados Unidos.

Solamente el extraño secuestro que vivían él y su hermana Lynne la retenía todavía en Uganda.

A Walter le constaba eso.

A los diez minutos de hablar Caparelli con los leales de N'Gongo, vio que una patrulla enemiga se le acercaba en misión de reconocimiento y con un ángulo de tiro perfecto.

No lo desaprovechó.

La metralleta empezó a vomitar metal ardiente, ensartando a cuatro elementos de los cinco que patrullaban en aquella dirección. Los alcanzados bailaron como polichinelas al son de las balas.

En el acto, respondieron las armas automáticas de los leales de N'Gongo, sembrando un espantoso y sangriento caos alrededor de la casa atacada.

Los hombres saltaban por las platanáceas con agónicos alaridos…

En medio del pandemónium, Caparelli se tiró adelante consiguiendo alcanzar la puerta principal.

Pero comprendió tardíamente que la operación no seguía el curso previsto, ya que una fuerza enemiga —con la que no había contado— flanqueaba la casa y protegía con su fuego los puntos débiles de la misma, es decir, las puertas y ventanas. En vista de ello, consideró milagroso encontrarse con vida, pero, al mismo tiempo, vio la posibilidad de derribar la puerta a balazos e intentar sembrar la muerte en el interior de la vivienda, aprovechando que todos los defensores se aprestaban a cruzar el fuego con los leales de N'Gongo sin sospechar —ni remotamente—, que pudieran ser atacados por la espalda.

También sospechó —dada la rapidez del asalto y el hecho de que ningún proyectil le buscara por el hueco de las jambas—que su carrera había pasado desapercibida a la visión enemiga y que por esto le dejaban en paz.

Se felicitó por el resultado.

Estas reflexiones, sin embargo —y otras que se hizo antes de decidirse a obrar—, le perjudicaron, pues Nur Melindwa y los demás

jefes tribales se montaron en los Land Rover y desaparecieron por la parte trasera del edificio donde el fuego era mucho menos intenso. El camino serpenteaba en dirección al valle.

Caparelli lanzó un juramento e hizo saltar la cerradura…

Penetró como un turbión en el ancho vestíbulo de la casa, eliminando todo lo que se oponía a su paso.

La metralleta vomitaba ráfagas cortas, pero mortales…

Cogidos entre dos fuegos, los defensores de Nur buscaron la salvación en la huida y los escasos sobrevivientes escaparon hacia la espesura del monte en plena desbandada.

Caparelli les llamó a grandes voces coreadas, inmediatamente, por los cercadores.

Reagrupada la facción asaltante, comprobó que había tres bajas definitivas y dos heridos leves. Los últimos pasaron a las manos de N'Gongo que conocía y practicaba la medicina ancestral.

Caparelli y Kidder se dirigieron a los aposentos de la primera planta que les faltaba investigar.

Entonces se tropezaron con Tania Visnayev. La rusa había salido de la habitación para saber lo que ocurría con tanto tiroteo, gritos y carreras…

Al verlos, paralizó los movimientos y fijó los ojos en Caparelli como hipnotizada, porque… ¿sería o no sería el hombre de la «foto»?

—¡Es él, es el…! —murmuró entre dientes, segura de no equivocarse.

Pero Kidder, ignorando por completo los pensamientos —o descubrimientos de la mujer—, sonrió socarrón… ¡Al fin!

Muchas veces había seguido los pasos de Tania cuando salía de la embajada soviética en Nairobi y preparó, minuciosamente, el secuestro de la misma en las proximidades de Machakos… ¡maldita sea!

Ahora la tenía delante de los ojos, cazada sin esfuerzo… ¡gratuitamente!

Estalló en una fuerte carcajada. Luego, con irónica confianzudez, interrogó:

—¿Quién eres tú, muchacha?

La rusa no se alteró. Conocía la vinculación de Kidder con la mafia dedicada al contrabando de armas. Sin embargo, pensó que allí había algo extraño y confuso ya que el *puzzle* no encajaba.

—Lo sabes bien, Harry Kidder.

—Ah, ¿me conoces? ¿De qué me conoces, Tania Visnayev?

—Eres un hombre de Jeff Richardson.

—Tu sinceridad me conmueve… ¿Conoces a un tal Rudenko?

—Sí.

—¡Estupendo! —Kidder lo pasaba bien—. Entonces, ¿también conocerás a mi amigo Ugo Caparelli?

Pareció titubear.

—¿Ugo Caparelli?

—¡Digo! Lo tenemos entre nosotros.

El aludido encendió un cigarrillo como si la cosa no fuera con él.

—No.

—¡Qué bueno! —se mofó el pelirrojo—. ¿A que tampoco sabes la faena que quisieron hacerle en unos bajos de la Calle 42, en pleno corazón de Nueva York?

—Sí.

—¿En qué quedamos?

—No conocía a… Caparelli físicamente —repuso despacio—. Tan sólo sabía que se trataba de un hombre de Jeff… De los detalles del secuestro se ocupaba Rudenko. —Humm… ¿palabra de espía?

—¡Piensa lo que quieras!

Caparelli intervino entonces:

—¿Conoces a un tal Walter McCloskey?

Tania volvió a mirarle de la forma extraña y captadora con que lo hiciera al principio. —Sí.

—¿Quién es?

—Mi marido.

—¡Eh! —saltó Kidder boquiabierto—. ¡Repite eso!

No fue necesario porque el propio Walter acababa de surgir en el pasillo y se precipitaba en brazos de Tania.

—¡Amor mío!

—¡Walter! ¡Por fin! ¡Otra vez juntos!

Kidder se encaró con Caparelli, que permanecía imperturbable.

—¿Sabías tú eso? —interrogó.

—Lo sospechaba, pues por el camino, Walter me hizo ciertas preguntas llenas de intención referidas a Tania Visnayev.

Al acabar de decirlo oyeron un fuerte griterío procedente del exterior de la casa.

Los dos hombres se precipitaron a la primera ventana para indagar lo que sucedía. Kidder, que tenía vista de búho, estalló en nuevas carcajadas.

—¡Son los camaradas Rudenko y Tupolev! —bramó—, ¡Maldita sea su alma! ¡Los han cazado!

Y con grandes voces, ordenó a los negros que subieran los prisioneros hasta el primer piso.

* * *

Reunidos en el comedor de la vivienda, Kidder pensaba vengarse de los tres rusos por haberle desbaratado el tráfico de armas a través del territorio keniano.

También conocería las implicaciones de los caciques negros con los

máximos dirigentes soviéticos de la operación «Uganda» y las posibilidades que tenían éstos de anticiparse al desembarco del *Magian* en algún puerto tanzano.

—Empecemos por Nur Melindwa —dijo, encarándose con Tania—, ¿qué representaba este loco en los planes de la Unión Soviética?

Rudenko y Tupolev estiraron la oreja, demostrando tanto interés como el propio interrogador en este asunto.

—Nada.

La voz de Kidder se endureció.

—No me gustan las descalificaciones totales —le advirtió—, ¿por qué el negro se convirtió en enemigo personal tuyo?

—Fácil. Se cruzó la ambición.

—Ambición ¿de qué?

—Dinero.

—¿Te lo quiso sacar con chantaje?

—Sí.

—¿Conservando a Walter como rehén?

—Sí.

—Hummm… —gruñó.

—¿Dudas?

—Me parece demasiado sencillo.

—Todas las verdades son simples.

—Ya —rezongó Kidder—, pero ¿no había nadie en la KGB capaz de enfrentarse con este monigote rebelde?

—Por supuesto que sí.

—¿Entonces?

—Los problemas personales y familiares nunca han tenido cabida en los servicios de inteligencia de ningún país. Rusia no podía ser una excepción —repuso Tania—, ni yo podía perjudicar las buenas relaciones soviéticas con gran número de caciques africanos que tienen la vista puesta en nosotros. Era un asunto totalmente mío y de Walter.

Kidder analizó las palabras de la mujer y tuvo que admitir que eran razonables. No cabía mezclar los negocios de la KGB con los negocios sentimentales.

—¿No podías solicitar discretamente la ayuda de la policía de Kampala?

—La vida de Walter estaba en juego —dijo Tania apasionadamente —, y Nur sabía «cosas» y podía irse de la lengua al sentirse frustrado.

—¿Significa esto que le hiciste ofertas para acaudillar el movimiento insurgente prosoviético en todo el país?

—En cierta medida.

—¿Fiándote de un loco?

Tania parecía cansada.

—Este loco tenía prestigio en el norte —respondió—, lo que era una

baza a considerar. Walter McCloskey tomó entonces la palabra.

—Es posible que mi hermana Lynne y yo agraváramos la locura del negro. ¡Ojalá que nunca nos hubiésemos acercado a las alturas de Mahaji!

—Explíquese.

—Mi hermana tentó la lujuria del negro y yo su desenfrenada avaricia —manifestó Walter roncamente, ya que los recuerdos le herían —. También se figuró Nur que Tania pagaría mi rescate ya que manejaba fondos secretos destinados a la subversión. Así, mientras que esperaba el dinero, se divertiría con mi hermana.

Caparelli intervino de forma directa.

—¿Dónde puede encontrarse Lynne en estos momentos? —preguntó.

—En un refugio fronterizo al oeste de Lago Alberto.

—¿Está segura?

—Creo que sí.

Kidder, que apreció el interés de Caparelli por la prisionera del cacique, interrogó:

—¿Qué pretendes con saber el paradero de la muchacha? Si Nur Melindwa ha sido descartado por los rusos —agregó—, para nosotros carece también de interés. —Particularmente pienso rescatar a Lynne McCloskey y cortar el cuello del repugnante negro, ¿te vale?

—No lo considero rentable.

—Peor para ti.

La respuesta no gustó al pelirrojo puesto que era el único que mandaba en Africa por expreso deseo de Jeff Richardson.

—¿Peor? ¿Por qué?

—Porque yo me dirigiré a la frontera en compañía de Tania y media docena de bravos del cacique N'Gongo.

Kidder enrojeció.

—¿Puedes explicarme a qué obedece este capricho?

—Considero que Lynne McCloskey es una mujer indefensa.

—¡Ira de Dios! —saltó—. ¡Hay millones de mujeres indefensas en el mundo! ¡Si fuéramos a rescatarlas a todas! ¡Menuda jodien…!

—Yo hablo de Lynne.

—¡Y yo te digo que no nos pagan para hacer el quijote en esta puñetera tierra!

—Nur es un canalla —replicó fríamente Caparelli—, y me rece la muerte. Contribuiremos a la tranquilidad de Uganda y protegeremos los intereses americanos en la zona.

Oyendo tales palabras, el asombro de Kidder alcanzó cotas inenarrables.

—¿Y qué diablos nos importan los intereses del Tío Sam? —bramó—. ¿No cuida el Departamento de Estado de ellos? ¡Nosotros hemos venido aquí a defender los intereses de Jeff Richardson!

El siciliano-irlandés aplastó la colilla en el tacón de la bota.

—No se hable más del asunto.

La fría resolución de Caparelli —que no soltaba la metralleta—acabó por impresionar a Kidder.

Pensó que si intentaba imponer su voluntad a la brava, la discusión podía terminar a tiros y Caparelli había dado pruebas de ser un elemento implacable con un arma en la mano.

Tampoco ignoraba que era un hombre de la confianza de Jeff y que éste no perdonaría que se mataran sus lugartenientes por una Cuestión de prestigio que poco o nada tenía que ver con los intereses de la organización.

Flexibilizó la postura haciendo un esfuerzo de voluntad.

—Está bien —masculló—, iremos a ajustarle las cuentas a este despreciable individuo y de paso rescataremos a la cuñada de la espía rusa —matizó.

—Como quieras —manifestó Caparelli—, pero no partiremos hasta dentro de cuatro o cinco horas para que los bravos de N'Gongo puedan descabezar un sueño.

—¡Piensas en todo, granuja!

Kidder soltó una carcajada como dando a entender que daba el incidente por zanjado.

* * *

Rudenko y Tupolev murmuraban por bajines mientras los otros descansaban, a excepción de Caparelli que fumaba con la metralleta a punto por si alguien intentaba sorprenderle.

—¡Dimitri Mishkin es un miserable! —exclamaba Rudenko—. ¡Tania es una mujer honrada y el «agregado comercial» un tipo que intenta medrar a costillas de sus compañeros de viaje! Será cosa de investigar sobre la vida pasada de este elemento. Tupolev escuchó al otro sin oírle.

Su pensamiento marchaba por otra parte.

—¿Sigues pensando que Kidder es un tipo al servicio de la CIA?

—Ya no —rechazó Rudenko, enrojeciendo.

—¿Y Caparelli? ¿Qué te parece el signore Caparelli?

—Otro mafioso y contrabandista de armas como Kidder y Jeff Richardson, del que depende.

—Puede que te equivoques.

—¿Qué quieres decir?

—Que no es lo que aparenta.

—¡Rayos! ¿Por qué no hablas por derecho?

Tupolev encendió un cigarrillo.

—Estuve estudiando el rostro de Caparelli mientras Kidder interrogaba a Tania Visnayev… Seré muy tonto —concedió—, pero te

aseguro que los dos se conocen de algo, no sabría decirte… y también conoce a Lynne McCloskey. Ya ves que estuvo a punto de enfrentarse a causa de ella con su compinche, supuesto que Kidder no se hubiese arrugado. Te repito —remachó con firmeza—, que este signore Caparelli no es trigo limpio.

Rudenko se sintió impresionado por las insinuaciones del camarada oficial.

—¿Será posible?

—El tiempo lo dirá.

—¡Ojalá resulte para bien! —masculló Rudenko—. Porque todavía no sabemos el porvenir que nos aguarda en manos de estos mafiosos.

Tupolev no replicó a esto.

# Capítulo X

EL sol estaba ya en lo alto cuando el grupo armado de la colina fue descolgándose hacia el valle.

Lago Alberto semejaba ahora una baya alargada de azul y oro, mientras que por el sur —entre el Alberto y el Eduardo—, se alzaba el orgulloso Ruwenzori con sus cinco mil y picos metros de altitud.

El cielo estaba totalmente despejado.

Caparelli marchaba delante con Tania, aunque sin perder de vista a Kidder, de cuyas intenciones recelaba.

La rusa rompió el silencio en que estaba envuelto el siciliano-irlandés.

—Se parece usted mucho a una persona —dijo.

—¿Yo?

—Si, usted.

Caparelli no volvió la cabeza para recuadrar a la mujer ni para instalar su mirada en los magníficos ojos de la espía.

Continuó observando el camino que serpenteaba por la ladera.

—Todos nos parecemos en algo —repuso.

—Usted más que otros.

Tania porfiaba para arrancarle una confesión, que podía ser muy importante para el destino mismo de ella y de Walter.

Como quiera que el hombre no respondiera a esto, añadió:

—Lynne mandó una carta a la persona a que me refiero.

—Ah, ¿sí?

—Efectivamente. Fueron cuatro renglones que consiguió escribir la última vez que Nur Melindwa me autorizó para hablar con ella en el refugio del valle.

—¿Al mismo refugio donde nos dirigimos ahora?

—Sí.

—Ya.

—¿No le interesa saber a quién iba dirigida la carta?

—Si quiere decirlo… adelante.

—A Mike McCourtney, investigador afín a la policía federal. Vive en Nueva York.

—Eso está lejos —dijo Caparelli con voz firme y tranquila—. ¿Y cómo llegó esta carta en poder de míster McCartney, incondicional del FBI, según usted?

—A través de un amigo mío.

—¿Agente del KGB?

—Nunca mezclé la Organización con mi vida privada. Lo afirmé antes de ahora. —Recuerdo.

Llegaron al pie de la colina.

Al norte se, extendía la penillanura con extensos campos sembrados de algodón. Tania se orientó, ordenando:

—Marchemos por el curso del lago hacia el oeste. Ganaremos tiempo.

Volvieron a tomar la delantera seguidos por el grupo de los blancos —Tupolev, Walter, Rudenko y Kidder—, mientras que N'Gongo y sus bravos se desplegaban por las alas y por la retaguardia, examinando el terreno palmo a palmo.

Aquellos muchachos sabían el oficio de guerreros en tan caliente y conflictiva zona del continente negro.

Tania volvió al ataqué.

—En la carta se explicaba la ignominiosa situación en que se encontraban Lynne McCloskey y su hermano Walter.

Caparelli encendió un cigarrillo.

—¿Fuma?

—No, gracias.

Echando una bocanada al aire, interrogó:

—¿De qué conocía Lynne a este individuo de Nueva York?

—Había sido su monitor en un gimnasio de la Calle 40.

—¿Y confiaba en él?

—Plenamente —dijo Tania de una manera especial—. Y pienso que Mike McCourtney no la ha defraudado.

—Muy propio de un caballero.

—El emisario de la carta fotografió a este personaje sin que él se diera cuenta. Me chocó que usted se le pareciera tanto.

El tono de las últimas palabras resultaron manifiestamente intencionado.

—¿Por qué me cuenta todo esto… Tania Visnayev?

—Por la extraña semejanza que tiene usted con Mike McCourtney y por lo mucho que me interesa la vida de Lynne.

Súbitamente detuvieron el paso.

Ante sus ojos aparecían dos Land Rover volcados. Ambos habían caído por un terraplén a varios metros de profundidad.

Se distinguía el cuerpo de algunos negros en el interior de los destrozados vehículos. —Apresúrese, Tania —gruñó Caparelli, precipitándose al fondo de la hondonada.

—¡No quiera Dios que…! —tartajeó ella pensando en Lynne McCloskey.

El hombre pensaba también en Nur Melindwa, pero pronto

comprobaron que ninguno de los dos se contaba entre los muertos.

Sin embargo, preparándose a remontar nuevamente el camino, vieron que se había producido un corrimiento de tierras importante en dirección al lago; que cortaba la ruta vial de la frontera.

En estas circunstancias, era difícil abrirse camino con los Land Rover. Caparelli sospechó que los fugitivos seguirían la marcha a pie, pero a causa de la borrachera que empaparía a los acompañantes de Nur, el grupo no podía encontrarse muy lejos.

Se lo manifestó a Tania y la mujer estuvo de acuerdo con el razonamiento masculino. Llevados de esta corazonada, intentaron acortar la ruta marchando en línea recta por senderos y atajos.

Alrededor del mediodía, la determinación que tomaron dio sus frutos.

Al pie de una explanada de Euforbio, de tallos acres y purgantes, se levantaba un campamento. En torno al mismo, hasta una docena de hombres se movían con gestos perezosos y cansados, custodiando una improvisada *kibanda*.

—¡Por fin! —gruñó Caparelli con los ojos brillantes y arrebatados de extraña tirantez.

Tania le cogió por el brazo y le obligó a que la mirase cara a cara.

—¿Lo deseabas mucho… Mike McCourtney?

—¡Sí! —dijo ronco—. Pero cierra la boca.

Kidder surgió a sus espaldas.

—¿Qué ocurre? —roncó.

El falso Caparelli limitóse a extender el brazo en dirección al campamento.

—¡Eh! ¿Son ellos?

—¡Lo son!

Como ocurriera al asaltar la casa de campo de Nur en Mahaji, el siciliano-irlandés dio las órdenes precisas a los bravos de N'Gongo.

Los chicos volvieron a estar de acuerdo en organizar la tercera matanza en un tiempo récord, ya que apenas habían transcurrido ocho horas desde que estrenaran los machetes en la cabaña del bosque de miraguanos, para despachar a los sicarios del cacique Melindwa.

Mientras Caparelli discutía la forma de asaltar el campamento, Tania dialogaba con sus subalternos.

—Después de esto —decía—, abandonaré la organización y pediré asilo político a los Estados Unidos como esposa además de un americano.

Rudenko se llevó las manos a la cabeza.

—¿Nos vas a abandonar, Tania?

—Sí, lo tengo decidido.

Comprendió el ruso que entre la KGB y su felicidad personal, la adorable Tania Visnayev había elegido el segundo camino.

—¡Maldito sea Dimitri Mishkin —rugió—que espera medrar a tu costa!

—Dimitri Mishkin no hará carrera —profetizó Tania—. Sé perfectamente lo que piensan de él sus jefes. De aquí en adelante —agregó—, tú… y sólo tú, Rudenko, te ocuparás de los intereses soviéticos en esta parte del planeta.

Rudenko, ante la vecindad de Kidder, sólo pudo exclamar:

—Gracias, Tania. Intentaré seguir la escuela que tú marcaste.

No pudieron decir más.

Tupolev, sin embargo, se encaró con el mafioso.

—¿No pretenderá usted que vayamos a enfrentarnos con las bandas armadas del campamento a puñetazo limpio?

—¿Qué queréis?

—Nuestras armas, aunque sólo se trata de pistolas y nos tengamos que batir con las metralletas de nuestros adversarios.

Kidder titubeó durante unos segundos.

—¡Sea! —dijo—. Pero os observaré y a la primera que…

El oficial le cortó secamente.

—¡Es usted un estúpido! —dijo.

—¡Pues como estúpido lo mantengo! —retrucó Kidder, engallado—. Como te descuides te dejo convertido en un colador.

Tupolev consideró que no merecía una nueva réplica.

# Capítulo XI

EL campamento quedó cercado sin que las futuras víctimas se dieran cuenta de la borrasca de balas que se cerniría sobre sus cabezas.

Sin embargo, Caparelli quería sorprender a Nur Melinda para que no se viera perdido y descargara su vengativo odio sobre la inocente Lynne McCloskey.

Avanzando como una serpiente por entre los tallos de los euforbios, se iba situando lo más cerca posible de la cabaña. Cuando vio que ya no podía dar un paso sin que fuera descubierto, accionó el gatillo de la metralleta, que era la señal convenida con los bravos de N'Gongo para un ataque generalizado.

La súbita ensalada de tiros no sólo disminuyó el número de adversarios sino que dejó al resto en un estado de perplejidad y de miedo indescriptibles. Y como ya se habían desbandado horas antes, no tuvieron la menor vergüenza de repetirlo horas después y huir del campo de euforbios como liebres perseguidas por perros salvajes.

Caparelli se plantó dentro de la cabaña.

Nur Melindwa se desperezaba de su incalificable borrachera y Lynne permanecía atrapada en un cepo —tradicional tronco de árbol con una abertura que se cierra sobre un tobillo, mientras las manos del torturado permanecen atadas a su espalda—, pero que no impidió que exclamase:

—¡Mike…! ¡Mike! ¡Por fin…!

Y estalló en histéricos sollozos de alegría.

—¡Cómo esperaba esta hora, Lynne!

—¡Y yo! ¡Y yo!

Antes de liberar a la mujer, Mike McCourtney se encargó de inmovilizar al atontado negro, atándole fuertemente de pies y manos.

Luego, se ocupó de Lynne que iba prácticamente desnuda.

No sin alguna dificultad consiguió liberarla. La ayudó a ponerse en pie y se miraron intensamente.

Sin poderlo evitar, Mike la enlazó por el talle y ella echó el cuerpo adelante hasta aplastarlo con el de su salvador.

Las bocas de ambos se fundieron en un beso interminable.

—¡Mike! ¡Mike! ¡Me siento atrapada… loca de felicidad! ¡Me parece que estoy soñando!

Segundos después, Walter penetraba en la tienda.

—¡Lynne!

—¡Walter!

Mike McCourtney se separó de ella para que pudiese abrazarse con su hermano.

A todas estas, Nur se estaba despejando.

Comprendió que la situación se había vuelto contra él y que no podía esperar clemencia de nadie.

Se puso a gritar y a maldecir como un demente.

—¡Llevadle fuera! —ordenó Mike—. Será entregado a la justicia de Kampala.

En aquel momento entraba Kidder.

Mike le apuntó con la metralleta.

—¡Suelta el arma, Harry! —le invitó.

—¡Eh! ¿Qué broma es ésta?

—No me gusta repetir las cosas.

Comprendió por último que Caparelli no bromeaba.

—¡Cochino traidor! ¡Cuando se entere Jeff Richardson te perseguirá hasta la muerte! —Jeff Richardson vive en una jaula, Kidder. Lo apresaron al día siguiente de mi partida de Nueva York.

—¡Mientes!

—Te digo la verdad, Harry. Tampoco es cierto que Tania Visnayev alertara a las autoridades de Nairobi para impedir el tráfico de armas y para perseguir a los caciques comprometidos en este cargamento criminal. El *Magian* tampoco existe —continuó McCourtney sin alterarse —, ha sido detenido en Adén. El autor de todas estas cosas soy yo: Nick McCou, para los amigos.

Caparelli no le hablaba con dureza. Incluso sonreía.

Kidder empezaba a comprender que no se las había con un enemigo.

—¿No me engañas?

—No tendría sentido.

—¿Qué me propones?

—Que te busques un país donde establecerte mientras yo informo favorablemente a las autoridades americanas para obtener tu perdón y te invito a formar parte de mi oficina de investigador privado. En el fondo —volvió a sonreír—, no tienes pasta de granuja.

Fue ahora Harry Kidder que estalló en una estruendosa carcajada.

—¡Acepto, Mike McCou! ¡Maldita sea mi alma!

—¡Chócala, pues!

Se dieron un fuerte apretón de manos.

* * *

A unos cien metros de allí, Tania Visnayev tenía encañonado al brutal Kiboko.

El miserable fue uno más en abandonar a su jefe cuando oyó los

primeros disparos, pero quiso la fortuna que Tania lo viese, ya que pasó corriendo a escasos metros de la mujer.

—¿Me recuerdas, animal inmundo?

—Te re…cuer…do.

—¿Sabes que abusaste de mí?

—Yo, yo…

—¿Y que los demás que también lo hicieron han pasado a mejor vida, que ya no podrán decírselo a nadie en este mundo… que se han llevado el secreto a la tumba? ¿Lo sabías, repugnante hiena?

—Yo obede…cía órde…nes de, de…

—¡Calla, sapo! ¡Tú sólo Obedecías órdenes de ti mismo, de tus execrables instintos… de tu puerca alma!

Kiboko iba retrocediendo. Trompicando casi.

—¿Lo recuerdas?

—No te hice da…ño.

Tania Visnayev dibujó una mueca despreciable con los labios.

—¿Acaso piensas que disfruté contigo… y con las cucarachas que te sucedieron?

—¡Piedad!

—¡Chacal!

Kiboko demostró que era cobarde como todos los fanfarrones que abusan de su poder.

—Yo no… no…

—¡Desnúdate! ¡Bájate el indecente slip que apenas te cubre!

—¿Qué quie…res hacer?

Por toda respuesta, Tania hizo intención de disparar.

—¡Es…pe…ra!

El negro quedó frente a ella de pie, tal y como vino al mundo.

Fue por poco rato.

Empezó a dispararle al abdomen… tiro a tiro… viendo cómo se retorcía, cómo intentaba protegerse con los brazos… cómo aullaba de dolor… mientras de aquel vientre sucio salía sangre y miseria mezcladas, en partes ¡guales…

Finalmente, sintiendo asco del desgraciado, la mujer le apuntilló de una ráfaga dirigida a la cabeza.

Luego, cansada, casi deshecha, se encaminó lentamente hacia Kibanda…

Bandadas de pájaros lacustres, asustados por los disparos, lanceaban el aire con sus picos y con sus pechugas…

Ajenas, por completo, a la tragedia que se desarrollaba bajo sus alas.

FIN

# ¡¡POR FIN EN ESPAÑA!!

Las pistolas que estaba esperando.
- PARA SU SEGURIDAD
- PARA SU PROTECCION
- ...PARA SU TRANQUILIDAD

**PISTOLA SUPER JAGUAR**

Una verdadera obra de arte para los amantes de las armas modernas. Con empuñadura anatómica, alza regulable y cargador de 26 disparos. Mide 24 cm.

Ref. 2.193

por sólo **1.580**,—pts.

**CARGAS DETONANTES**

208 cargas 200,- pts.
416 cargas 360,- pts.
832 cargas 680,- pts.

**PISTOLA LION MATIC**

Reproducción exacta del modelo Luger Alemán. Con cargador de 26 disparos, expulsor automático y fuego silenciador (que se manda Gratis). Mide 19,5 cms.

Ref. 1.026

por sólo **980**,—pts.

★ Esta pistola de juguete está autorizada por la D.G.G.C el 24.1.80.

- LLeva boca de fuego bloqueada por tapón rojo sobresaliendo 3 mm. al exterior.

## LOS 3 APARATOS DE GIMNASIA Por solo 1.990,- ptas Ref 2080

**MANO DE HIERRO**

Nuevo aparato para desarrollar con potencia los músculos de las manos, brazos y antebrazos. Un aparato para que le respeten con solo darle la mano.

Ref. 2.069 (el par)

por sólo **450**,—pts.

**CAMPEON DE PULSO**

Conviértase en un verdadero campeón de las competiciones de fuerza (pulso). Con este ingenioso aparato podrá entrenarse como con un rival de su talla

Ref. 2.068

por sólo **990**,—pts.

## CUPON DE PEDIDO A PRUEBA

SI EN EL PLAZO DE 8 DIAS, NUESTROS ARTICULOS NO LE SATISFACEN PLENAMENTE, LE GARANTIZAMOS LA DEVOLUCION DE SU DINERO

| REF | ARTICULO | PRECIO |
|---|---|---|
| | | |
| | | |
| | | |
| PAGO REEMBOLSO | GASTOS DE ENVIO | 150 |
| | IMPORTE TOTAL | |

Nombre _____ Edad ____
Dirección _____
Población _____ Dto. Postal ____
Provincia _____

Condiciones para America, pedir información.

Escribir a **BAZAR POPULAR**, Apartado 14.020, Barcelona

**MUSCULOS DE ACERO**

Conviértase en tan sólo 10 minutos, y en muy pocos días, en un gran campeón de cultura física. Con este aparato desarrollará un potente torax y brazos.

Ref. 2.067

por sólo **950**,—pts.



ISBN 84-02-09278-0

00046

9 788402 092786

EDITORIAL BRUGUERA, S.A.

Precio en España 60 ptas.

# NOTAS

1 Flota mercante rusa.
2 Nombre dado a las razas mestizas de la costa.
3 Choza de cañas techada con hierbas que sirve de refugio.
4 ¡Qué lástima!